La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 26 de septiembre de 1892 — Núm. 561



Huelva. - Misa de campaña celebrada el 1.° de agosto último en la plaza de San Pedro
(De fotografía de D. Diego Pérez Romero, de Huelva)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

El cólera se trueca poco á poco en una enfermedad endémica. Venía otro tiempo descargándose, como terrible azote, sobre nuestras espaldas, por excepción; y ahora, sin perder la intensidad propia de su carácter destructor, cuando en cualquiera población se arraiga y ceba, no corre con el contagio de otros días ni con aquella gradual regularidad. Indudablemente certificado ya por la ciencia europea que no provienen del aire los contagios coléricos, sino que provienen del agua, con este líquido, y solamente con este líquido, precisa relacionar, así el estudio de su existencia, como el estudio de su medicación. En lo infinitamente pequeño, en lo imperceptible, allá donde no puede penetrar la humana vista con sus fuerzas naturales propias, hállanse los gérmenes de mal tan terrible como el que cien veces atribuló á la mísera humanidad y pudrió nuestro misérrimo mundo. Lo hemos visto extenderse por el mar Caspio; difundirse por las corrientes del Volga; entrar en los océanos del Norte con estas corrientes, y por los océanos del Norte pegarse á las ciudades, como Hamburgo, Amberes, el Habre, y á desembocaduras de ríos, como las desembocaduras del Escalda y de ese turbio Sena, muy alabado por el Emperador Apóstata un día, y emponzoñadísimo ahora, ¡parece imposible!, por el exceso de vida que traen á una consigo los excesos de la industria. El microscopio nos ha revelado los medios en que tal calamidad se origina y alimenta. Lo que antaño se llamó miasma, llámase ogaño microbio. Los Colones de tal mundo invisible han sido en Alemania Kock, en Francia Pasteur, en España Ferrán, descubriendo las animadas particulillas cuyas animaciones súbitas y cuyos movimientos vertiginosos nos matan. El bacilo vírgula se mueve dentro de una gota como pudiera moverse la ballena dentro del Océano. Y encontrada esta causa del mal, hay quien cree que puede contrastarse con medios análogos á los empleados contra la viruela, que nos aseguren la completa indemnidad. Así el virus anti-rábico presentado á la medicina por un sabio como Pasteur; así el virus anti-colérico presentado por un sabio como Ferrán; así el virus anti-tubercoloso presentado por un sabio como Kock y marrado desde sus primeros ensayos. Bien es verdad que toda esta ciencia se halla en sus comienzos, y por ende sujeta de suyo á las imperfecciones y á los engaños connaturales á todas las tentativas. Por esto causa risa general y se atribuye al amor de los yankees por el reclamo la infusión de microbios vírgulas que acaba de recibir un corresponsal del *New-York Herald*, contada con el misterioso viaje de los animalillos por todo su cuerpo, y especialmente por los intestinos, con un realismo tan asqueroso, que levanta el estómago y promueve náuseas. La verdad es que al descuido crecen los microbios, como los hemos visto crecer en Hamburgo al abandono de sus autoridades, en el temor de los primeros días á una perturbación del comercio; pero si se los persigue con actividad desde su aparición en los viveros respectivos y se los extermina por una sabia higiene y por medio de unos eficaces desinfectantes, mueren, como han muerto en germen doquier han encontrado un sabio ataque de la experiencia y de la ciencia.

II

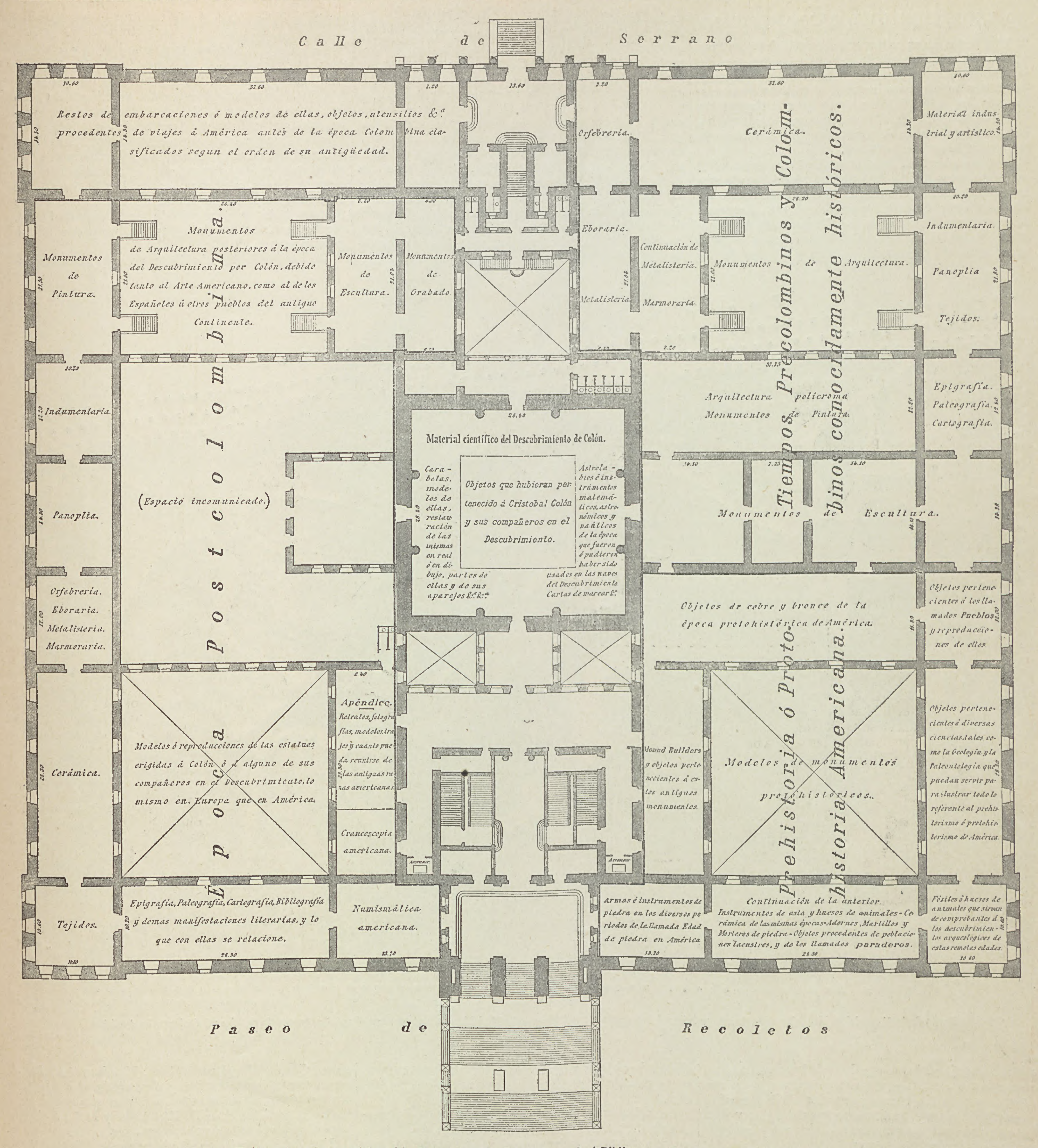
Nadie nos gana en querer los derechos de la razón y de la ciencia; pero siempre nos opondremos á que la ciencia se convierta en una religión aspirando á culto intolerante y ciego. Así no puedo comprender que haya el gobierno francés pretendido quitar el signo de la cruz en el panteón de París, por amor á la ciencia y á la libertad, como si pudiese haber símbolo de la emancipación humana superior al patíbulo del esclavo coronando las cumbres del espíritu y del mundo moderno por haberlo santificado la divina sangre de un redentor como Cristo. Ciego declaro, pues, á quien desconozca las relaciones y correspondencias existentes entre la filosofía y los Evangelios, entre los Evangelios y la revolución. Ya podéis buscar en la Historia Universal un signo de idealidad democrático: no encontraréis ninguno ni en holocaustos como el de Catón, tan estoico, ni en puñales como los de Bruto y Casio, tan republicanos, comparable al sublime altar de nuestra redención. La cruz recuerda siempre á Cristo y á Espartaco. Imposible parece, dados los antecedentes reaccionarios de la Compañía jesuítica, que tuviera mayor acierto ésta en expresar el vínculo entre la religión y la ciencia que todo un Estado tan ilustre y sabio como el Estado francés. Paseábame yo en julio último por los valles de Azcoitia y Azpeita, donde campea el rico monumento levantado por la compañía en torno de la solariega casa donde naciera Loyola, el fundador de su orden. Sobre la rotonda, no tan esbelta como la hermosísima del panteón parisiense, pues parece aquélla una tinaja del Toboso, han puesto los Padres el pararrayos de Franklin junto á la cruz de Cristo. Sabedores de física, y muy sabedores, aunque no tanto como de política y economía, los buenos jesuitas colocan la punta del platino un poco más alta que la cruz del Salvador, lo cual prueba su mayor confianza en los milagros perpetuos de la ciencia que en los milagros accidentales de la religión; pero hanlo hecho con disimulo tal, que para conocer esta prueba de su culto á la razón, por lo menos para echarla de ver y advertirla, se piden ojos tan sumamente anti-jesuítas y tan acostumbrados á mirar las finezas diplomáticas del batallón de Jesús cual estos ojos pecadores míos. ¿Por qué no habrá puesto el gobierno francés en alturas idénticas la ciencia y la religión como han hecho los jesuítas de Loyola nada menos? Imposible comprender tanta ceguera. En todas las cosas lo inoportuno es malo; pero en ninguna cosa daña tanto lo inoportuno como en política. Y los republicanos franceses, mis correligionarios y amigos, alardean de tamañas puerilidades impías al momento mismo en que las Encíclicas del Papa les robustecen la República, llevándole por lastre los elementos conservadores indispensables á todo gobierno en esta época de bandas y sofisterías comunistas. Hallárame yo en el pellejo de los republicanes franceses, y todo me parecería poco para demostrar que si el cristianismo es de suyo democrático, la democracia es de suyo cristiana, pues no hay sino ver cómo los monárquicos impenitentes, cual Casagnac, proceden ahora con los monárquicos á la República conversos por obra de León XIII, para convencerse del paso dado por las instituciones republicanas tan preferidas por nosotros y del sólido inconmovible cimiento donde acaban de asentarse, no sólo designadas por la voluntad, esclarecidas por la conciencia nacional. Pocas veces os hablo en estas Revistas de los viajes del presidente de la República, si carecen de importancia; pero habiendo ido ultimamente Carnot, con ocasión de unas maniobras militares á Poitiers, y habiéndole dicho en elocuente arenga el obispo de la diócesis cómo el cristianismo lleva en sus dogmas celestiales todos los gérmenes más puros de la democracia universal, no he podido menos que decir: he ahí un aprovechado viaje.

III

Todos habrían de asociarse al recuerdo cuyo primer centenario ahora celebra París, al recuerdo del establecimiento de la República; siendo así esta festividad, no de secta ó cofradía para nosotros los republicanos viejos y de la víspera, de todos los pueblos redimidos, de toda la humanidad prosperada por este día solemne. En efecto, el 21 de septiembre, año mil setecientos noventa y dos, la Convención se reunió en París y declaró abolida la Monarquía; el veintidós reemplazó á la Monarquía la República. El hecho pasó á derecho. La clave de todos los privilegios quedó rota, y cayeron sus pedazos carcomidos á los pies de la nación soberana. Desde aquel entonces las monarquías se trocaron en nacionalidades; y las nacionalidades trajeron á una consigo el gobierno de cada ciudadano por sus derechos personalísimos y el gobierno de todos por una soberanía colectiva é inmanente, llamada soberanía nacional, complemento y corona de la independencia nacional. Así no debe maravillarnos el esfuerzo empleado por los representantes del privilegio, de la casta, del principio hereditario, que convertía los Estados en predio y los hombres en rebaños, contra esta increíble aparición de los pueblos transfigurados en sus sacrosantos derechos. Corrieron los machuchos ejércitos de las viejas monarquías á las fronteras y fueron vencidos en Yemmampes y en Valmi por los voluntarios franceses, legión y coro al mismo tiempo; pues si con las manos esgrimían la bayoneta contra los siervos que peleaban por los reyes, con los labios entonaron la Marsellesa, el *Te-deum* de la democracia y de la libertad, que acabó con la servidumbre y aterró al despotismo. Tales combates reprodujeron las glorias de Grecia y evocaron los épicos recuerdos de Marathon, de Platea, de las Termópilas, pues en unos y otros encuentros luchaban la libertad y la tiranía. Entre los helenos la honra y entre los asiáticos la fusta. ¡Oh! Aquella puntiaguda lanza griega clavábase con furor en la esclava carne, cual si tuviese animación y fuerza, como las de un organismo defensor de sus héroes. Al aliento moral de los libres petrificábanse bajo sus cadenas los siervos. Parecían los pocos, muchos por la superioridad intelectual y moral; mientras los muchos, pocos por la escasez de sus fuerzas materiales, paralizadas bajo la mecánica del despotismo. Al ver á los griegos, como atletas de los juegos ístmicos y olímpicos, con sus lanzas de oro en el puño, sus escudos reverberando la clara luz del cielo al brazo, sobre la cabeza su corona de verdaderos héroes ó sea su multicolor cimera, en actitudes artísticas, mejor dicho, escultóricas, creeríaislos dioses que hubiera tallado el cincel de Fidias, reunidos en falanges armoniosas por una especie de animación á ellos comunicada desde las cumbres ideales de una poesía inmortal. Pues así como los helenos de Platea y Salamina combatieron á los reyes asiáticos, los franceses, tanto de Yemmampes como de Valmi, combatieron á los reyes de Europa, y han dejado el mismo rastro de luz en la inmensidad de los tiempos y los mismos afectos de gratitud en el corazón de la Humanidad. Así no me maravilla ni extraña que se haya engalanado el Panteón y reunídose un cuerpo gigantesco de coros para bajo las bóvedas del templo de la gloria entonar el coral sublime, á cuyos acentos cayeron de sus altares amasados con humana sangre y sostenidos sobre las espaldas de los siervos aquellos ídolos que habían bajo su peso abrumado la tierra y obscurecido el cielo con sus diademas de tinieblas. ¡Francia, Francia, por estos grandes días creadores, brillas como un sol espiritual en el foco á cuyo alrededor forman sus eclipses todas las ideas progresivas, y esclareces todas las conciencias, siendo el ideal de la Humanidad, quien jamás consentirá la extinción de tu luz vivificante y de tu verbo creador, pues equivaldría con seguridad á un demente suicidio!

IV

Lástima grande que no pudiéramos llevar el calor y la luz del principio revolucionario hasta los últimos extremos de la Humanidad y hasta los últimos confines de la tierra. Con él, con su aliento de vida y con su numen de progreso, así como hemos abolido la esclavitud, aboliríamos la guerra. Pero ¡ay! existen regiones múltiples, á cuyos entenebrados senos jamás descienden los rayos del espíritu moderno, como existen abismos terráqueos, donde no penetran los rayos del diurno sol. Ahí tenéis el Oriente por ejemplo. Todavía se levanta en pueblos recién emancipados, como Bulgaria, la horca política, y todavía se demuestra en célebres procesos como hay asesinos pagados que aperciben y asestan sus puñales al pecho de los primeros ministros y de los altos reyes. Así todo esto expide los miasmas generadores de la guerra universal y esta guerra universal podría detener el camino de la humanidad por todo un siglo y frustrar el centenario de la República conmemorado en estos días críticos. Y no solamente Bulgaria, en la Europa oriental, relampaguea guerra; la relampaguea por el centro de Asia también una región de suyo tan misteriosa como el altísimo Pamir. Al continente asiático se le denomina por todos los geógrafos el continente de las altas planicies y de las grandes mesetas. Entre todas ellas no hay ninguna que pueda exceder en altitud material y en importancia militar á la meseta conocida con el nombre de Pamir, la cual, formando un verdadero ángulo con el Tibet, compone aquel territorio llamado en geografía el techo de la tierra, que, desde tiempo inmemorial, ha despertado grandísimo interés y puesto á muchas gentes ganosas de recorrerlo y dominarlo en bélicos trances. El poema fabuloso tejido en torno de Semíramis, al Pamir se refiere, llamado Bactriana por otros tiempos, á lo menos una de sus vertientes. Por el Oxo, río de sus afluencias, penetró Alejandro en la India, cuando sus excursiones maravillosas, y en sus senos intentó la fusión de todos los pueblos. Durante la Edad media lo recorrió Marco Polo, y las descripciones hechas por aquella fecundísima musa del viajero, tan hechicera y seductora, siglos más tarde por completo deslumbraron á Colón y le impelieron en los mares nunca explorados hacia el encuentro con una creación virgen y nueva. Dada esta importancia, tocándose las dos cordilleras más altas de Asia en su seno, con el Turquestán á un lado y con el Afghanistán al otro; tendiendo sus vertientes al mar interior que se llama Caspio y al golfo exterior que se llama Pérsico; presidiendo de un lado al Tibet y del otro lado al Himalaya; fuente de aquel río llamado desde tiempo inmemorial Osco, por cuyas riberas iban los comerciantes italianos y griegos



Planta de la Exposición Histórico-Americana próxima á inaugurarse en el edificio destinado á Biblioteca y Museos nacionales de Madrid, en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América

en pos del país sérico, productor de la seda, indispensable á las primeras ostentaciones del moderno lujo, excusamos decir cómo requerirían territorio semejante por un lado los sultanes de Teherán y de Cabril, por otro lado los emperadores de China y los régulos de India, teniendo cada cual tras sus respectivos requerimientos las dos potencias formidables, una de ellas la primera en tierras, otra la primera en mares y costas del planeta, Rusia é Inglaterra, las cuales han de chocar tarde ó temprano en el espacio incendiándolo y ensangrentándolo, por esa fría y desnuda Tartaria. Lo cierto es que un capitán ruso, conocido con el nombre de Yanoff, anda por sus espacios, y estas andadas traen á muy mal traer desde Londres hasta Pekín á las gentes que se creen revestidas de algún derecho sobre Mogolia y los mogoles. Aprovechan los únicos cuatro meses en que permite la Naturaleza una exploración por aquellos desiertos de nieve, trocados en praderas estivales ahora, los rusos, y gritan á más gritar con este motivo desde los emperadores celestes hasta los reyes indios y desde los monarcas pérsicos hasta los sultanes afghanos, á pesar de que Rusia cohonesta su acaparación lenta y gradual de tales territorios con el eterno pretexto de sabias exploraciones científicas. Y como le digan sus competidores al czar que les asombra una expedición sabia tan provista de armas y tan compuesta por soldados, el requerido se defiende tras la imposibilidad completa de hacerlos volver sin quebrantar su autocrático prestigio y su autoridad sobre aquellas indómitas y pendencieras tribus. Además, dueños los rusos del Kokhán, de aquellas montañas por cuya posesión definitiva tanto lucharan en las riberas del Caspio y en los desfiladeros del Cáucaso, créense con derecho al Pamir y sus mesetas, siquier protesten todas las tropas inglesas esparcidas desde los montes cachemiros hasta las bocas del Ganges. ¡Dios quiera que todo esto no desencadene una terrible guerra entre rusos é ingleses, ahora que celebramos el primer centenario de la república francesa y el cuarto de la invención americana, cuando por la mercantil y artística Génova se han reunido las escuadras del mundo en honor á Colón, y sobre la boca de los cañones únicamente se veían guirnaldas de olivo y mirto, mientras por las noches en lo alto, confinando con las estrellas, un letrero en luces eléctricas que decía: Paz!

Madrid, 21 de septiembre de 1892

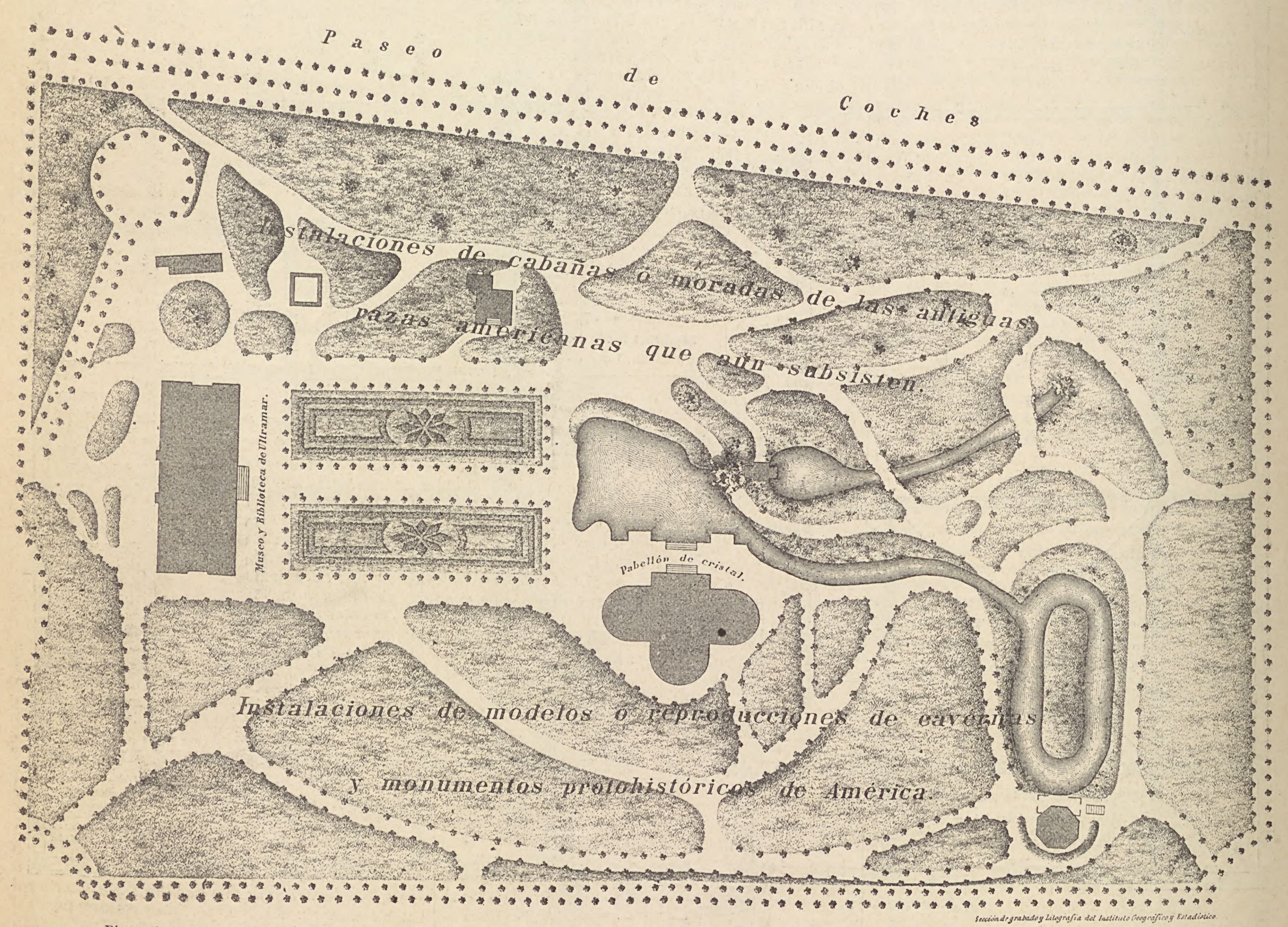
LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA

Una de las ideas primeramente emitidas para contribuir á la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, y uno de los primeros proyectos más pronto llevados al camino de su realización, ha sido el de reunir en grande Exposición histórica los documentos más importantes que pudieran relacionarse con el continente americano y con sus principales descubridores.

Y á decir verdad, nada inventó el que presentó el proyecto, pues trátase sólo de una repetición de otra muestra parecida, efectuada hace exactamente once años, ó sea por el mes de septiembre de 1881. Entonces se reunió en Madrid el cuarto Congreso de Americanistas, y con tal motivo el Gobierno español se creyó en el deber de ofrecer al examen y estudio de los de la Historia; esta docta corporación y varios otros centros oficiales. El rey D. Alfonso XII, que había inaugurado el Congreso de Americanistas en el Paraninfo de la Universidad Central, envió á la muestra americana algunos objetos del real patrimonio, y además aportaron á ella importantes y numerosas contribuciones varios particulares españoles, entre los cuales merecen ser citados los Sres. duques de Veragua, Moctezuma y Osuna, el conde de Guaqui, Rodríguez-Ferrer, González Velasco, Herreros de Tejada, Jiménez de la Espada, Fita, Rico, Fernández Duro, Tró y Moxó, Samper, etc.; agregándose á éstos los nombres de los coleccionistas extranjeros señores Barber de Filadelfia, Bamps de Bruselas, Cerveaux de Alsacia, Pacheco Segarra del Perú y Astur de Berlín. Sin embargo, debe consignarse que á pesar de existir en varias localidades de España numerosas colectación de la vida de muchas razas y pueblos de aquel vasto continente.

La sección histórica de la Exposición fué, por el contrario, riquísima en recuerdos de los descubridores y conquistadores. En ella figuró la numerosa colección de cartas y documentos de Cristóbal Colón que posee el duque de Veragua; el retrato del gran navegante que acababa de descubrirse en la Biblioteca Nacional y que desde entonces es tenido por el más auténtico de cuantos existen; las reales cédulas originales que se expidieron para el descubrimiento, y algunos libros, que como el de la *Cosmografía* de Ptolomeo, impreso en Roma en 1478, tiene en su primera hoja un versículo de los Salmos de David, escrito de mano del almirante y suscrito con su original signatura.

De los demás descubridores y conquistadores, Pizarro, Cortés, Magallanes, Cano, Mendoza, etc., figuraron armas, banderas, broqueles; autógrafos y retratos también, que en galería iban presididos por los de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, patrocinadores del navegante genovés.



Planta de la Exposición Histórico-Americana, próxima á inaugurarse en el Parque de Madrid para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América

sabios extranjeros los recuerdos más interesantes que conservamos de Colón, de sus compañeros, de sus sucesores y de las tierras por todos ellos recorridas por vez primera en los últimos años del siglo XV y en los que marcaron las mejores revelaciones y conquistas del subsiguiente siglo XVI.

Utilizóse entonces para el objeto los anchos patios y las hermosas galerías superiores del palacio que en la plaza de Santa Cruz ocupa el Ministerio de Ultramar, en el local que fué antes Audiencia y Chancillería de la corte: y aprisa, como siempre solemos hacer aquí las cosas, con instalaciones tan rápidamente improvisadas que apenas pudo meditarse su mejor colocación, con grandes lagunas que hubieran podido fácilmente salvarse y con no pocos apuros de los que se salió como se pudo, abrióse la Exposición que entonces constaba de dos secciones: una prehistórica ó protohistórica, como ahora se dice, y otra sencillamente histórica; tomando como punto de partida para la división de estas dos secciones la fecha del descubrimiento de América.

Contribuyeron á aquella Exposición principalmente los Museos Arqueológico, Naval, de Ciencias y de Artillería, de Madrid; el Archivo Histórico-Nacional, instalado en la planta baja de la Academia ciones de objetos americanos, sólo se presentaron en la Exposición algunas de las que radicaban en Madrid.

La primera sección, ó sea la prehistórica ó precolombina, era sumamente incompleta. En ella figuraron los seiscientos hermosos vasos peruanos que posee el Museo Arqueológico Nacional, la colección de antigüedades cubanas del Sr. Rodríguez Ferrer, las colleras y figuras monstruosas de la isla de Puerto Rico que presentó el Sr. D. Cecilio de Lora, los dos fragmentos del Códice Maya, entonces pertenecientes á distintos propietarios y ahora reunidos por el Gobierno en el Museo de la calle de Embajadores, y los varios objetos recogidos por la expedición enviada al mar Pacífico, tales como momias de indios peruanos, cabezas reducidas de guaranis, cráneos artificialmente deformados de otras razas, tejidos, adornos, armas, efectos de mobiliario, ídolos, instrumentos de agricultura, de cirugía, de música, piedras labradas y esculpidas del palacio de Uxmal y otros antiguos edificios, y algunos otros elementos de estudio, que sin embargo no pudieron dar en su conjunto una idea perfecta de las diversas civilizaciones precolombinas que existieron en América, porque fueron deficientes hasta el extremo de faltar por completo la represen-

Una de las secciones más importantes de esta Exposición fué la de cartas de marear, mapas y planos diseñados sobre pergaminos con vivísimos colores, oro, plata, y bizarras figuras de bajeles, ciudades, banderas y monstruos marinos, que tan poderosa influencia ejercían en los amantes de las ciencias geográficas de hace tres y cuatro siglos. Allí figuraban las colecciones que posee la Real Academia de la Historia, las de la Sociedad Geográfica y las de don Manuel Rico, dedicado hace muchos años á reunir estos elementos tan importantes para la historia de la navegación. Allí se veía, y él solo habría bastado para dar importancia á la sección, el famoso mapa donde el piloto de Colón Juan de la Cosa trazó en el año 1500 por vez primera y en forma rudimentaria el contorno de la tierra nueva, formando un verdadero monumento geográfico.

Mucho vale esta joya; pero quizá, como mi buen amigo Jiménez de la Espada indica en su introducción al libro oficial titulado *Relaciones geográficas de*



COQUETERÍA, cuadro de R. Epp

Indias, no compensa las muchas que hemos perdido y que enumera en parte. «¿Qué ha sido, dice, de las cartas de Cristóbal Colón, de las pinturas de tierras que habían de acompañarlas y del libro que confió á los Reyes Católicos? ¿Qué de los diseños de Ojeda, Pinzón, Américo, Guerra, Bastidas, Solís, Cabot, Velázquez, Cortés y Grijalba? ¿Dónde paran el mismo Padrón Real; el mapa de Antonio de Morales; la pintura y dibujo de la Española por Ovando; el bosquejo hidrográfico de la Vitoria Garayana y bocas del Mississipí con sus cuarenta pueblos, trazado por los pilotos de Garay en 1519 y presentado al emperador; la figura de los descubrimientos del Mar Dulce, ofrecida por Andrés Cereceda á dicho monarca en 1524; la ofrecida al mismo por Luis de Cárdenas en 1527, representando la Nueva España dividida en cuatro partidas de cuatro grandes señores que la gobernaban, una desde Champotón á Chinantla, otra de Chinantla á la raya de la Tuspa, otra de la raya de la Tuspa al río de las Palmas y otra desde aquí á Poniente?» Es en esta sección donde la ciencia americanista ha debido sufrir mayores pérdidas por causa de los efectos del tiempo y de la incuria de los hombres.

Finalmente, la sección de obras raras y curiosas y la de manuscritos eran tan abundantes como ricas; y la sección de lingüística comprendía obras desconocidas sobre las lenguas aymara, brasileña, caraibe, cumana, mexicana, moxa, quichua, othoni, pame, tupi y otras, perdidas enteramente unas y apenas conservadas otras por los restos de las antiguas tribus que la civilización ha estrechado entre los riscos de los Andes.

El *fiat* creador del hombre quiere resucitar nuevamente estas razas americanas, con sus ciencias, sus artes, sus industrias y las demás manifestaciones de su vida nacional, exhibiéndolas en el edificio empezado hace más de treinta años en el paseo de Recoletos con destino á Museo y Biblioteca nacionales, y ahora apenas terminado tras interrupciones de muchos años y prisas de algunos meses. Allí, en la extensa planta baja de la casa aceleradamente habilitada, se realizará el programa que la Junta directiva del Centenario aprobó en su sesión del día 31 de enero de 1891, repitiendo con escasas variantes el plan de la Exposición inaugurada en 1881 en la Real Chancillería de Madrid.

Sólo que esta vez la preparación ha sido mucho mayor y los elementos allegados resultarán más numerosos é importantes. Juntas locales se han constituído en todas las poblaciones de España, aunque hasta la hora presente no se conoce el resultado de sus esfuerzos; pero en el extranjero se ha encomendado la misión de propaganda á nuestros agentes diplomáticos, y éstos han conseguido interesar en el éxito del certamen colombino, no sólo á las Repúblicas americanas, cosa por demás natural y corriente, sino que en la misma Europa han logrado que vengan tesoros hasta ahora ocultos en el fondo de archivos que se tenían casi por impenetrables.

La clasificación de los objetos que deben formar parte de la nueva Exposición ha sido ordenada bajo el mismo plan antiguo, estableciéndose la gradación que marque la vida de los pueblos americanos desde los obscuros períodos en que alborea la historia hasta los monumentos y objetos de civilizaciones adelantadas en los tiempos conocidamente históricos. Siguiéndose este criterio se ha dividido su contenido en tres grandes series: una en que se comprendan todos los monumentos y objetos de la protohistoria americana: otra que comprenda los tiempos históricos hasta el trascendental descubrimiento de América por Colón y los españoles, y otra la del descubrimiento y de las conquistas, y por lo tanto de las influencias españolas y europeas hasta mediados del siglo XVII. Y como punto de enlace entre el período anterior al descubrimiento y el posterior, se ha creído deber formar un grupo especial con todo lo relativo á los viajes anteriores á Colón, y en particular al del descubrimiento por éste y los españoles, que fué el que produjo el suceso histórico cuya importancia hoy se conmemora.

La nave y parte central de la Exposición contendrá este grupo coetáneo del descubrimiento de que acabamos de hablar, mientras que en las dos secciones laterales se agruparán los objetos anteriores y posteriores á dicho descubrimiento. Una sección mostrará las dos series primeras, es decir, la protohistoria americana y la de los tiempos conocidamente históricos, empezando con todo lo concerniente á los primeros indicios y huellas del hombre, en las cavernas, en los monumentos megalíticos, en las poblaciones lacustres, en los utensilios y armas de aquella época primitiva, así en la llamada edad de piedra, como en la del cobre y bronce, y seguirá hasta el período de los adelantos de los pueblos americanos en el arte y en la industria cuando se vieron sorprendidos por las naves de los marinos de Occidente. Pocos son los objetos que España posee de esas épocas, ya conocidos por anteriores exhibiciones y muestras en los Museos; sin embargo, es de creer que las naciones de América enviarán crecida contribución que sirva de estudio completo y acabado en lo posible del período que se quiere así ilustrar.

Más abundantes son los monumentos post-colombinos y mucho más fácil será su reunión en la otra sección del certamen madrileño. Hace meses que los delegados españoles recorren nuestros Archivos y Museos señalando los objetos que deben remitirse á Madrid: los particulares descendientes de los conquistadores de América ó aficionados americanistas aportarán el contingente de sus colecciones privadas; los Estados de allende el Atlántico han solemnemente ofrecido lo mejor y más selecto de sus Museos, y finalmente el Gobierno español ha enviado encarecida súplica á todos los Estados europeos para que por esta vez reunan en Madrid los tesoros que conservan relativos al gran descubrimiento.

Primero en acudir al llamamiento de España ha sido el venerable pontífice León XIII, quien por medio de su secretario de Estado el cardenal Rampolla ha anunciado á la Junta directiva de la sección tercera el envío para la Exposición colombina de los más célebres mapas geográficos existentes en el Museo Borgiano, contemporáneos del descubrimiento de América, con la cual están estrechamente enlazados; y también un álbum conteniendo la reproducción en fototipia de los documentos más importantes relativos al descubrimiento que posee la Santa Sede. En la carta que el cardenal Rampolla dirigió al Presidente del Consejo Sr. Cánovas para hacerle la anterior importante oferta, se leen las siguientes líneas:

«Con esta participación en el gran certamen madrileño, el Padre Santo entiende, no sólo rendir homenaje á la memoria de Colón, que en su ardua empresa atendió sobre todo á la propagación de la fe, sino demostrar también cuánto aprecia la parte y el mérito que en aquella empresa memorable tuvo España, la única entre los Estados de Europa que proporcionó al gran navegante compañeros y medios para llevar á cabo su religioso y magnánimo descubrimiento.»

No seguiremos la enumeración de las ofertas, porque en breve deberemos hacer la reseña de este gran certamen, y entonces puntualizaremos el esfuerzo de cada uno, el valor de la muestra y las enseñanzas que de ella se podrán derivar para la historia de los pueblos americanos.

Eduardo Toda

MI AMIGO PÉREZ

Le conocí como se conoce á mucha gente, pero no puedo saber por qué se llama amigo mío.

Una noche llegué al café y encontré una novedad: en el círculo de los habituales contertulios había una persona desconocida para mí: un señor de mediana edad, decentemente vestido, que hablaba mucho y se comía el azúcar que los demás dejaban sobrante.

– ¿Quién es ese?, pregunté.

– Pérez, me dijo uno.

– ¿Qué Pérez?

– Chico, no sé: aquí viene algunas noches y veo que trata con confianza á casi todos.

Pérez sostenía no recuerdo qué disparates á propósito de una cuestión política: nadie le daba la razón, y entonces se dirigió á mí diciendo:

– Apuesto á que este caballero participa de mi opinión.

– Perdone usted, repliqué; no soy político.

Y no pasó de aquí nuestra conversación.

Lo cual no impidió que encontrándome dos ó tres días después en la calle, me dijese con la mayor naturalidad:

– ¡Adiós! Hombre, ¿dónde se mete usted que no se le ve por ninguna parte? ¡Todas estas noches sin poner los pies en el café! Le hemos echado á usted mucho de menos. Conque ¿adónde bueno? De paseo ¿eh? Bien, bien; hacer ejercicio, eso es lo que conviene á una persona tan laboriosa y ocupada como usted. Eso mismo hacía yo cuando tenía mucho trabajo sobre mí. Después de comer un paseíto reposado, no muy largo, para desentumecer el cuerpo. Pero usted ¿hacia dónde iba? Por mí no interrumpa usted su camino. Le acompañaré á usted. Precisamente tengo la tarde libre, y nada me será más grato que la compañía de una persona tan ilustrada...

– ¡Gracias!, dije, ó pude decir aprovechando un momento en que respiraba aquel torbellino.

– ¡Qué gracias, ni qué niño muerto! ¿Acaso se le figura á usted que yo no sé lo que usted vale? Sí, hombre, sí: hace mucho tiempo que le vengo siguiendo la pista, y he dicho á todos nuestros amigos: ese chico vale mucho, tiene grandes condiciones y ha de hacer carrera. ¡Lástima que no se lance! Porque aquí nunca será gran cosa. Se necesita más ancho campo para brillar. No crea usted que le adulo, no: soy incapaz de adular á nadie. Pregunte usted á todos los de nuestra tertulia, que me habrán oído esto mismo cien veces. Créame, amigo mío, el que como usted es joven, tiene talento...

– ¡Gracias!

– Tiene talento, no hay por qué darlas, y es trabajador; nada, nada, á abrirse paso. Y ahora ¿en qué se trabaja? Alguna comedia ¿eh? Ese es el camino, amiguito: vea usted á Sellés, á Cano, al mismo Echegaray: ¿cómo se han hecho notables? Al teatro; sí, señor, al teatro; allí hay honra y provecho. Tenga usted por seguro que esto que le digo es el Evangelio. Con un buen drama se hace usted hombre en seguida. Y ahora que se escriben pocos dramas buenos... Láncese usted, láncese usted, y después me dará las gracias y dirá: ¡Cuánta razón tenía Pérez!

A todo esto mi *amigo* no respiraba ni escupía: era imposible decir dos palabras ni aun para despedirse. Habíamos andado dos kilómetros, y aquella máquina de palabras parecía incansable: yo sudaba la gota gorda, tenía jaqueca, no tanto de oirle como por el miedo á lo que me faltaba de oir. Además una ocupación urgente me llamaba á otra parte, y yo no encontraba modo de decírselo.

Por fin en un momento que descansó le dije:

– Señor Pérez...

– ¡Qué señor ni qué diablos!, me interrumpió casi enfadado: llámeme usted Pérez á secas.

– Pues bien: Pérez...

– Hombre, siguió diciendo, pues me gusta la ocurrencia; señor, señor... Pero, hombre de Dios, ¿usted con quién cree que está hablando? ¡Se le figura á usted que cuando yo ofrezco mi amistad á un hombre es para andar con esas etiquetas! ¡Estaría bueno!

En aquel momento quise decirle: Ni usted es mi amigo, ni me ha ofrecido su amistad, ni me hace falta. ¡Vaya usted con tres mil de á caballo, y déjeme usted libre de su molesta compañía, abejorro del infierno!

Todo esto le quise decir; pero no pude hacerlo, pues para ello tenía que haberle gritado con toda la fuerza de mis pulmones, y estábamos en la calle y ya la gente empezaba á fijarse en nosotros por consecuencia de las desentonadas exclamaciones de Pérez, del *amigo* Pérez.

Resignéme, pues, á sufrir aquel tremendo castigo, y media hora después me dejaba mi cruel atormentador á la puerta de mi casa diciéndome:

– ¡Hasta la noche en el café!

– ¡Permita Dios, exclamé con ira, que te nazca un grano en la punta de la lengua, á ver si revientas con el coraje!

Desde esta primera embestida de Pérez hasta el segundo encuentro pasaron algunos días. Una tarde, acompañando yo á una familia amiga mía, me encontré á mi tabardillo, que saludó con exagerada finura, mirándome con aire neciamente malicioso.

Por la noche entré en el café, y apenas me echó la vista encima comenzó á dar desaforadas voces.

– ¡Ahí lo tienen ustedes! Ya sé por qué se vende tan caro; he descubierto el misterio. ¡Ah, tunante! ¡Conque en esos pasos anda usted!

– ¡Hombre, le dije ya amostazado, déjeme usted en paz y no sea tan pesado!

– ¡Calla, se enfada usted! Motivo de más para afirmarme en mi crencia! ¡Oh amor, sublime amor! ¡Vamos y que la elección le acredita á usted! Figuraos, caballeros, una muchacha de unos veinte, con unos ojos como moras y unos labios como claveles! ¡Y que apenas mira la chica con *aquel!* ¡Amigo, tiene usted una suerte bestial! En fin, ¡que sea enhorabuena!

Y con estas y otras parecidas sandeces me estuvo entreteniendo desagradablemente hasta que, aburrido de su charla, me levanté y le dejé con la palabra en la boca.

Así me fastidia una porción de veces, pues siempre que me encuentra en la calle, sea cualquiera la hora, me acompaña so pretexto de que en aquel momento no tiene ninguna ocupación.

Un día le pregunté:

– ¿A qué hora tiene usted que hacer?

Y me contestó:

– Si usted me necesita, para cualquier cosa que sea, á ninguna.

Y me callé; porque mi pregunta tenía por objeto saber á qué horas podría yo salir á la calle sin tropezar con semejante moscardón.

No pudiendo soportar la pesada cadena de su *amistad*, quise varias veces reñir con él soltándole cuatro frescas; pero al día siguiente, apenas puesto el pie en la calle, aparecía el buen Pérez con su eterna sonrisa animando el semblante, venía hacia mí y, casi abrazándome, me decía con sorna:

–¿Qué tal esos nervios, amigo? ¿Se ha calmado usted? ¡Pues apenas estaba ayer excitado! Vamos, habría *monos* con la consabida.

Y comenzaba su charla.

En vista, pues, de que no hay medio, dentro del orden natural de las cosas, para dejar de ser *amigo* de Pérez, he determinado no ir á parte alguna, no salir poco ni mucho de casa, hasta el día en que en los periódicos lea: «El Sr. D. José Pérez ha fallecido,» ó «el Sr. D. José Pérez se ha *vuelto* mudo.»

Aunque en este segundo caso, recelo mucho que trate de explicarse por señas, ó de otro modo cualquiera; pues voy temiendo, estimado lector, que estoy condenado á Pérez perpetuo.

AURELIANO J. PEREIRA

SECCIÓN AMERICANA

EL TESORO ESCONDIDO

POR NATANAEL HAWTHORNE

(Conclusión)

La ojeada que dirigió á la calle le hizo comprender que las gentes vivían contentas y felices merced á los encantos de la sociedad, mientras él, aislado en su retiro, perseguía un objeto quimérico probablemente y valiéndose de medios que cualquiera habría calificado de locuras. Porque una de las más grandes ventajas que proporciona el trato de gentes es la de que cada individuo rectifica sus ideas con las de los demás y amolda su conducta á la del vecino, evitando así caer en el ridículo que se llama *excentricidad*. En el solo hecho de haber asomado la cabeza á la ventana se había expuesto á esta influencia; tanto es así, que hubo un momento en el cual, rápida como una chispa eléctrica, pasó por su mente la duda de si habría ó no tesoro escondido, y en tal caso ¿era prudente y razonable echar abajo la casa para convencerse de ello?

Por supuesto, la duda duró lo que un relámpago, porque Perico, el destructor, puso de nuevo manos al trabajo y prosiguió la tarea que le tenía señalada el destino.

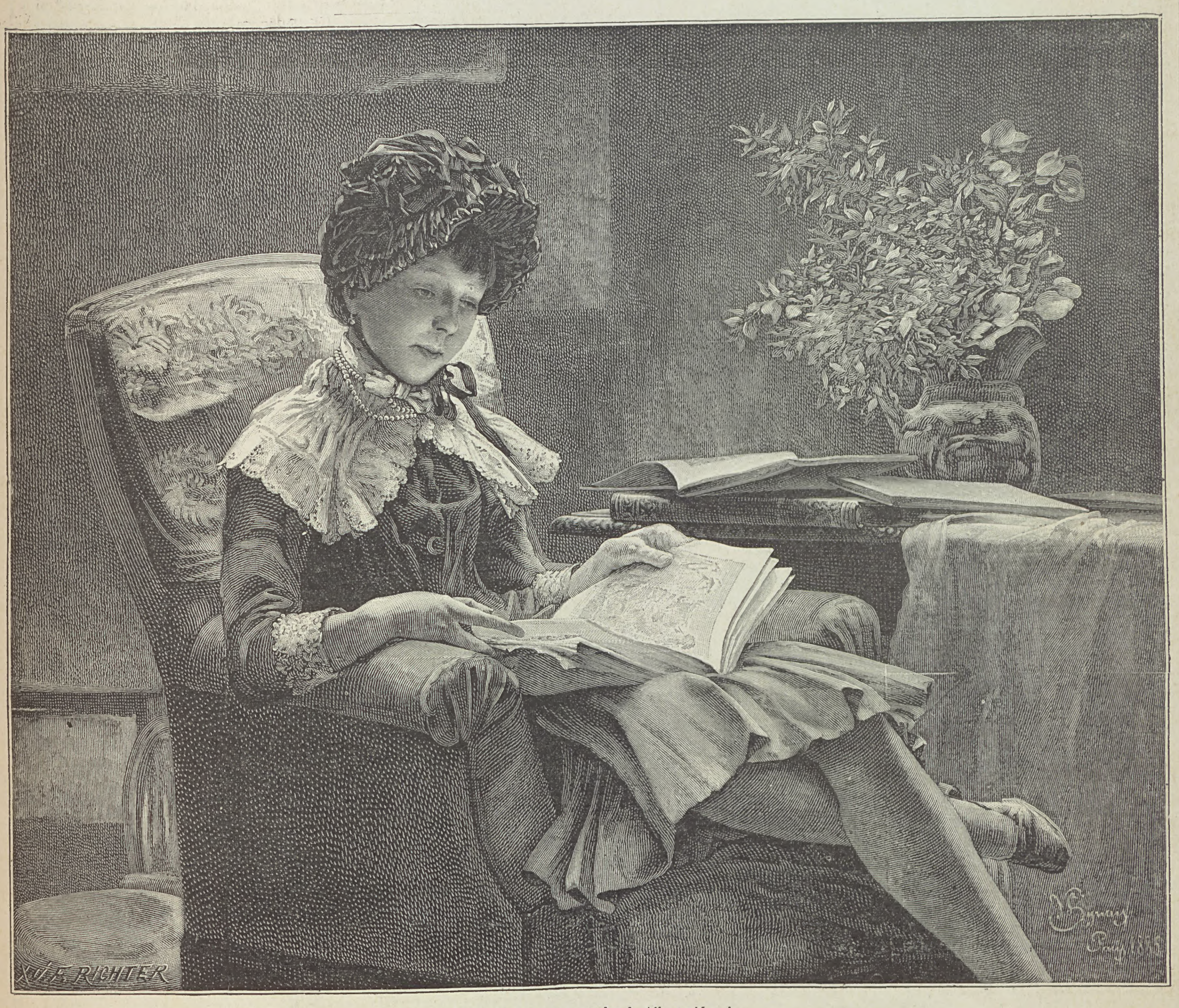
En el curso de sus investigaciones encontró muchas cosas de esas que se hallan generalmente en las ruinas de todas las casas viejas, y también otras que no es frecuente descubrir. Lo que le pareció más interesante fué una llave mohosa que estaba metida en la pared, y de la cual pendía una tablita de dos pulgadas con las iniciales P. G. Otro descubrimiento, también muy notable fué una botella de vino que habían sepultado en el horno antiguo de la cocina. Por tradiciones de familia se sabía entre los Goldthwaite que el abuelo de Perico, hombre de buen humor y oficial en la guerra contra los franceses, emparedó algunas docenas de botellas del precioso licor para que se regalasen con él bebedores que aún no existían, y aunque nuestro héroe no necesitaba de aquel cordial para sostener sus esperanzas, lo guardó para el día del triunfo. Encontró también algunas monedas de plata como penique y medios peniques, dos ó tres duros españoles y una medalla de las que se acuñaron con motivo de la coronación de Jorge III; pero en cuanto al tesoro de Perico I, ni halló siquiera rastro de él.

III

No seguiremos á Perico en su marcha triunfal: bástenos decir que trabajó como una máquina de vapor, y que llevó á cabo en un invierno lo que todos los antiguos habitantes de la casa, con el auxilio del tiempo y de los elementos, habían hecho á medias en el transcurso de cien años. A excepción de la cocina, todo lo demás estaba demolido; de suerte que la casa era un cascarón, un fantasma de casa, tan ficticia como esos edificios que se ven en el escenario de los teatros; era, para decirlo de una vez, como la corteza de un gran queso que sirviera de aposento á un ratón después de habérselo comido.

Todo cuanto Perico echó abajo, Tabby lo quemó, porque, pensando prudentemente, ¿qué necesidad había de calentar la casa cuando no existiese? La economía, pues, hubiera sido cosa por demás absurda. Por lo tanto, podía muy bien decirse que la casa de Pedro se había salido por el cañón de la chimenea, fenómeno tan maravilloso como el de aquel sujeto que se comió á sí mismo.

Cuando llegó la noche que separa el último día del invierno del primero de la primavera, ya no había en la casa títere con cabeza, ni agujero donde no hubiese metido Perico las narices. Aquella noche fatal era espantosa: torbellinos de nieve y ráfagas de viento, cada vez más fuertes, azotaban los muros de



AGRADABLE LECTURA, cuadro de Alberto Hynais



FIRMA DEL CONTRATO DE MATRIMONIO Á PRINCIPIOS DE ESTE SIGLO, cuadro de D. Salvador Viniegra (propiedad de D. Juan Fastenrath, de Colonia)



LLEGUÉ, VI Y VENCÍ, cuadro de Andor de Duditz

la casa, y hubiérase dicho que el rey de los vientos en persona se disponía á dar la última mano á los trabajos de Perico, porque las trabazones estaban tan resentidas, y los postes interiores tan socavados, que parecía milagroso no se desplomasen paredes y tejado sobre la cabeza de su propietario. Pero maldito si entendía él nada de cuanto pasaba, cuando tan excitado é inquieto como la noche misma ó la llama que temblaba en el hogar á cada rujido de la tormenta, gritó:

–¡El vino, Tabby, aquel famoso vino de mi abuelo! Tráelo, que nos lo vamos á beber.

Levantóse Tabitha de su escabel, ennegrecido por el humo, y puso la botella delante de Pedro, al lado del candil de cobre, descubierto también por él. Levantó Pedro la botella á la altura de los ojos, y mirando al través del líquido, vió la cocina de color de oro, y á Tabby también la vió dorada, y sus blancos cabellos y humildes vestidos trocados en galas de regia magnificencia. Y este color le trajo á la memoria sus sueños.

–¿Pero vamos á bebernos el vino antes de hallar el dinero?

–Ya está descubierto el tesoro, respondió Pedro entusiasmado. Estoy muy cerca de él, casi tocándolo, y no dormiré mientras no abra con esta llave su cerradura. Pero bebamos, Tabitha.

Como no había sacacorcho en casa, Perico decapitó la botella con la llave del tesoro, y llenó en seguida dos tazas de porcelana que Tabby había sacado de la alacena.

–Bebe, Tabitha, gritó Pedro, y bendito sea mi abuelo que guardó este vino para nosotros. ¡A la memoria de Pedro Goldthwaite!

–Razón tenemos para acordarnos de él, dijo Tabitha bebiendo.

¡Por espacio de cuántos años y al cabo de cuántas vicisitudes había guardado aquella botella su tesoro de alegría, para regocijar á semejantes carcamales, recrearlos con una infinidad de amables visiones y distraerlos en medio de los azarosos y afligidos tiempos que atravesaban!

Pero dejemos á Perico y á Tabitha hasta que den fin de la botella, y hablemos de Mr. Brown.

Sucedió, pues, que aquella noche, medrosa y fría, Mr. John Brown no se halló á gusto en su butaca y al amor del fuego en su espléndido gabinete. Mister Brown era hombre de buena pasta, benévolo y compasivo por añadidura cuando las desgracias del prójimo le interesaban el corazón al través de las entretelas de la prosperidad; así fué que toda la tarde y parte de la noche las pasó pensando en su ex socio Pedro, en sus disparates, en su adversa fortuna, en la pobreza de su casa y en su mala traza el día que lo vió en la ventana.

–¡Pobre hombre!, se dijo Mr. Brown. ¡Cabeza infeliz! Y por cierto que en memoria de nuestras antiguas relaciones hubiera debido cuidar de que nada le faltase en un invierno tan cruel.

Estos buenos sentimientos dominaron de tal modo á Mr. Brown, que á pesar del frío, de la nieve y del viento, determinó trasladarse acto continuo á casa de Pedro. Era un verdadero fenómeno: cada rugido de la tempestad parecía llamarlo, si admitimos que estuviese acostumbrado á oir en el viento los ecos de su imaginación. Sorprendido de tan activa benevolencia, tomó la capa, se puso pañuelos y tapabocas, se metió hasta las orejas el sombrero y salió á la calle desafiando los elementos. Pero las potencias del aire debían ganar la batalla: doblaba mister Brown la esquina de la casa de Pedro, cuando el huracán, haciéndole perder el equilibrio, lo tiró de cabeza sobre un montón de nieve y lo sepultó, al propio tiempo que le llevó el sombrero á regiones tan apartadas, que no ha vuelto á saberse de él. No era probable que pareciese Mr. Brown hasta el próximo deshielo; sin embargo, logró á fuerza de fuerzas abrirse paso por entre la nieve, y aunque descubierto, se dirigió á la puerta de Perico. Había en la casa un ruido tan extraordinario de puertas y ventanas que se abrían y cerraban, que Mr. Brown entró hasta la cocina sin que nadie lo advirtiese.

¿Ni cómo lo habían de ver tampoco Perico y Tabby, de espaldas á la puerta y arrodillados delante de un cofre que acababan de sacar de la pared, á la izquierda de la chimenea? A la luz del candil de la vieja, vió Mr. Brown que el cofre tenía flejes de hierro y clavos de bronce en todas direcciones y cantoneras de lo mismo en las cuatro esquinas, lo cual lo hacía digno de recibir los tesoros de un siglo para las necesidades de otro. Perico introdujo la llave en la cerradura.

–¡Tabby!, exclamó, estremecido de placer, ¿cómo soportar el brillo de tanto oro? Porque es muy brillante, Tabby; me parece que lo estoy viendo; yo cerré el cofre con esta llave, y desde aquel momento, desde hace setenta años, Tabby, no ha cesado de relucir en secreto para este glorioso instante. ¡Verás salir de aquí torrentes de luz iguales á los del sol del mediodía!

–¡Bueno! Pues tápese los ojos, mi amo, dijo Tabitha, impaciente ya; pero, por el amor de Dios, que se levante pronto esa tapa.

Y haciendo Perico un poderoso esfuerzo con las dos manos, dió vuelta á la llave.

Acercóse entonces Mr. Brown y adelantó la cabeza, con los ojos de par en par, en el momento de levantar la tapa; pero no salió el más mínimo destello, quedándose la cocina tan en tinieblas como antes.

–¿Qué es esto?, exclamó Tabby acomodando á sus narices los anteojos y levantando el candil. ¡Los papelotes del abuelo!

–Tienes razón, Tabby, dijo Mr. Brown, metiendo la mano en el cofre.

¡Qué fantásticas riquezas había evocado el pobre de Perico para dar al traste con el poco juicio que le quedaba! Allí había, es cierto, una suma incalculable, bastante para comprar toda la ciudad y reedificarla; pero era tan grande como ficticia, y por ella no hubiese dado nadie un penique. Pues entonces, se me dirá, ¿en qué consistía el tesoro? ¿En qué? En bonos del gobierno, en billetes del Banco territorial, en papeles, en fin, de esta clase; pero con la añadidura de que los más antiguos contaban cerca de siglo y medio de fecha, y los más modernos se habían emitido antes de la revolución, y todos estaban caducados; de consiguiente, los billetes de mil libras valían tanto como los de una, es decir, nada.

–¡He aquí el tesoro de tu abuelo!, dijo mister Brown. Pedro: tu homónimo se te parecía mucho: cuando los valores del Estado cayeron al cincuenta y más por ciento de su valor, los compró esperanzado de una subida. Oí contar á mi abuelo que el tuyo, para reunir la suma necesaria á su insensato proyecto, hipotecó á tu padre esta casa; pero el papel continuó bajando, hasta que nadie lo quiso por nada, y Perico I se vió como Perico II, con muchos millones en caja y sin camisa que ponerse, y al fin se volvió loco... Pero no te apures, que precisamente ese es el capital que se necesita para hacer castillos en el aire.

–¡Que la casa se nos viene encima!, gritó Tabby en un momento en que el temporal arreciaba.

–¡Amén!, dijo Pedro, cruzándose de brazos y sentándose en el cofre.

–No, replicó Mr. Brown; que hay en mi casa cama y mesa para ti y Tabitha, y un secreto para guardar tu tesoro. Mañana trataremos de la venta de estas ruinas, y yo te las pagaré á buen precio, porque el terreno está caro.

–Y yo, añadió Perico, que iba reanimándose, tengo un proyecto para multiplicar el dinero que tome por ella.

–En cuanto á eso, dijo para su capote mister Brown, bueno será que la justicia intervenga en el asunto, y que nombre un curador que se haga cargo de la parte sonante y contante; y si Perico se empeña en especular, que lo haga en buen hora con el tesoro de su abuelo.

TRADUCIDO POR JUDERÍAS BÉNDER

MISCELANEA

Bellas Artes.–He aquí algunos datos acerca de la campaña artística que para el presente otoño se prepara en Londres: en la Nueva Galería se dispone una exposición de pinturas, dibujos y esculturas, terminada la cual se expondrá una colección de las obras de Mr. Burne-Jones; en la Real Academia los Antiguos Maestros verificarán una exposición de cuadros de la difunta artista Lady Waterford que han sido objeto de los más encomiásticos conceptos por parte de la crítica, y en la Galería Grafton se celebrará una exposición de acuarelas.

Teatros.–En el teatro Lírico de Londres se ha estrenado con gran éxito una ópera titulada *Cigarette*, letra de Warham St. Leger y música del célebre compositor Mr. J. Haydn Parry, profesor de la Escuela de Música de Guildhall. La acción, en extremo interesante, se desarrolla en 1805, antes y después del sitio de Ratisbona, y en el Sur de Francia: entre las piezas culminantes de la música descuellan el final del acto segundo, dos coros de hombres, cinco arias de Cigarette, la protagonista, un aria de contralto y una gavota.

Necrología.–Han fallecido recientemente.

Renato Miguel Thibault, famoso actor cómico francés conocido con el nombre de Daubray: obtuvo sus principales triunfos en los Bufos Parisienses y en la Renaissance, y entre sus muchas creaciones merecen consignarse especialmente los personajes que representaba en *Divorçons* y *Ma Camarade*.

Arturo Algernon Capell, conde de Essex, jefe de una de las principales familias aristocráticas de Inglaterra.

Guillermo Stainton Moses, más conocido con el seudónimo de M. A. (Oxon), uno de los principales propagandistas del espiritualismo en Inglaterra, de cuyo órgano oficial *Light* (Luz) era editor.

Arturo Brand Winterbotham, uno de los individuos más populares del Parlamento inglés, en el que entró como adicto á Gladstone, de quien se separó en 1886 para entrar en el partido liberal unionista; pero esta separación fué muy corta, volviendo al poco tiempo á aceptar la política del *Home Rule*.

NUESTROS GRABADOS

Huelva.–Misa de campaña celebrada el 1.° de agosto último en la plaza de San Pedro, con motivo de la bendición del estandarte municipal (de fotografía de D. Diego Pérez Romero, de Huelva).–Ante la parroquial iglesia de San Pedro, que se supone se levanta sobre los restos de la mezquita erigida bajo el fugaz dominio de los Becríes, en el siglo XI, celebróse una misa solemne, á la que asistieron los marinos de los buques anclados en la ría y las tropas que guarnecen la ciudad que muy pronto ha de albergar á los representantes de todos los pueblos y de todos los Estados, que acuden á ella para tributar en un Congreso internacional honroso y entusiasta recuerdo al descubridor del Nuevo Continente.

Solemne fué la ceremonia religiosa y no menos el acto de bendecir el estandarte municipal que ha de ondear en primer término durante los festejos que en breve se celebrarán.

A la galantería de nuestro buen amigo el inteligente fotógrafo de Huelva D. Diego Pérez Romero debemos la fotografía que reproducimos. Ella representa la primera solemnidad en honor á Cristóbal Colón.

Coquetería, cuadro de R. Epp.–La coquetería tiene tantas y tan distintas manifestaciones, que es imposible clasificarlas todas. Entre la aristocrática dama que coquetea por el solo placer de verse requebrada por su corte de adoradores y la humilde aldeana que, como la del bello cuadro de Epp, busca en las flores campestres un modesto adorno con que agradar más al objeto único de su cariño, media un espacio inmenso: aquélla puede ser causa de perdición para más de un incauto; ésta asegura la felicidad del elegido de su corazón.

Agradable lectura, cuadro de Alberto Hynais.—En el número 489 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos varios trabajos del ilustre pintor húngaro Hynais, que tan admirados fueron durante la Exposición general de Bellas Artes celebrada en esta ciudad el año próximo pasado, y con tal motivo publicamos algunos datos biográficos de su autor. A ellos, pues, nos remitimos á fin de evitar inútiles repeticiones. El cuadro que hoy reproducimos, aunque de muy distinto género que aquellos trabajos, no ofrece menos bellezas que ellos y como ellos revela las cualidades más salientes del artista, cuales son la corrección del dibujo, la elegancia de la composición, la finura de líneas y la delicadeza del clarobscuro que hacen de *Agradable lectura* una monada, una joya, una obra artística maestra.

Firma del contrato de matrimonio á principios de este siglo, cuadro de D. Salvador Viniegra (propiedad de D. Juan Fastenrath, de Colonia).–Es Salvador Viniegra uno de los artistas españoles residentes en el extranjero que más honran á España, tanto por el mérito de las obras que produce, como por representar siempre en ellas tipos ó costumbres de nuestro país. Como pintor andaluz distínguese por la rica y brillante tonalidad de su paleta, en la que halla siempre la simpática gama que tanto caracteriza las producciones pictóricas de los artistas genuinamente españoles.

Pensionado de mérito en la ciudad de los Césares y los Papas, ha hallado medio el pintor gaditano para patentizar cuán merecida fué la recompensa que alcanzó y cuánto puede esperarse de sus cualidades y aptitudes.

La firma del contrato de matrimonio es un precioso lienzo, lleno de bellezas de ejecución, en el que las figuras se destacan sobre el fondo de una sacristía, rica en detalles, que recuerda las de nuestras antiguas catedrales, en las que cada capilla, cada dependencia reune tesoros bastantes para constituir un museo. Este cuadro forma hoy parte de la galería que posee en Colonia nuestro excelente amigo y colaborador D. Juan Fastenrath, quien no satisfecho, sin duda, con dedicar á España las más sentidas é inspiradas composiciones, reune en su hogar las obras de los artistas que pueden recordarle nuestra patria.

Llegué, ví y vencí, cuadro de Andor de Duditz.–Convencido del poder de atracción de su uniforme, el apuesto soldado apenas llega al paseo público pasa revista de las niñeras que por allí entretienen á los chiquillos confiados á su cuidado, escoge las que le parecen más dignas de sus galanteos, y tomando las convenientes posiciones empieza á disparar sus proyectiles en forma de miradas ó de chicoleos sobre la plaza sitiada, que no tardará en rendirse y que le permitirá exclamar como César: *veni, vidi, vici*. De este tipo cosmopolita y de esta escena que en todas partes con ligeras variantes se reproduce, ha sacado el notable pintor aleman Duditz asunto para su cuadro, en el que tan dignas de elogio son las figuras como el paisaje que las rodea; las primeras por su naturalidad y expresión, el segundo por su verdad y poesía.

Monumento á Napoleón, obra de Rude.–Un militar francés, el capitán Noisot, hizo erigir en su finca de Fixin (Costa de Oro) en honor de Napoleón I el monumento que reproducimos: el emperador, tendido sobre el peñasco del destierro, levanta con una mano el sudario que le envuelve como si fuese á despertar. La cara, que conserva toda la rigidez de la muerte y una extraña expresión de sufrimiento, es indudablemente el fragmento mejor de esta obra. Hace tiempo que olvidada en los talleres de la Sorbona existía una reproducción en yeso de este monumento, á la que el transcurso de los años ha dado el tono gris de la piedra; actualmente, desde hace pocas semanas, esta reproducción se encuentra en el Museo del Louvre, de París, en donde ha sido colocada en la sección de escultura moderna, y precisamente en el fondo de la sala que lleva el nombre de su autor, el famoso Francisco Rude, el entusiasta imperialista, entre cuyas principales obras merecen especial mención sus esculturas del arco de la Estrella; su grupo *La marcha: El bautismo de Jesús por San Juan*, existente en la iglesia de la Magdalena, de París; *Joven pescador; Mercurio; Hebe;* el *Calvario*, que se conserva en la iglesia de San Vicente de Paúl, y las estatuas de Luis XIII, Juana de Arco, Monge y Napoleón.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

»Cuando entré en aquella casa, me consideré como una intrusa, á pesar de haberme recibido mi tutor con los brazos abiertos; hay cosas que se sienten sin poder explicárselas, y esto me sucedió entonces. Aquella familia tenía conversaciones de las que yo no entendía una palabra, hablaba de personas á quienes no conocía, y ó bien debía estar callada como una tonta ó fingir que me interesaba por cosas que me eran de todo punto indiferentes. Además yo estaba triste y mis primas no pensaban más que en divertirse, como era natural, y esto me ponía más melancólica. Ponía de mi parte todo cuanto podía por ser útil á todos y compensarles la hospitalidad que se me concedía; me mostraba resignada, pero en mi interior deseaba con ansia que se presentase una ocasión para salir de aquella casa con tanto mayor motivo cuanto que conocía que también lo deseaban todos.

»Mis primas no me miraban con buenos ojos, y si por casualidad la gente me alababa y festejaba, no parecía sino que les usurpase estas lisonjas y agasajos; la madre no me podía sufrir; de suerte que, á excepción de mi tutor y de la niña, que me quería porque tenía la paciencia de vestir sus muñecas, me parecía vivir con extraños; á mayor abundamiento, se me espiaba, se comentaban todas mis palabras; si me quedaba en casa y la familia iba á alguna reunión, se enojaba porque todos preguntaban por mí; si iba con ellos, era mucho peor porque sus amigos me encomiaban, de suerte que no sabía cómo arreglarme.

»Hacía más de un año que vivía en aquella casa, cuando un joven á quien conocí en una reunión pidió mi mano.



El barón dió una vuelta con su hija por el jardín

»Era un hombre vulgar, que no inspiraba gran interés; pero mi tutor y su mujer estaban impacientes por librarse de mí, y yo no lo estaba menos por tener casa propia y no ser gravosa á nadie.

»Aquel joven era de Florencia y se llamaba Ernesto Berletti. Mi tutor escribió á algunos conocidos de aquella ciudad pidiendo informes de él, y se los dieron satisfactorios; pero conviene saber que había ocurrido, por desgracia mía, una mala inteligencia. En Florencia vivía precisamente un primo del joven que había pedido mi mano, sujeto muy conocido, que tenía su mismo nombre y apellido, y los informes se referían á él.

»No se descubrió el error hasta mucho tiempo después, cuando ya no tenía remedio. Habiendo yo oído decir que los informes eran buenos, naturalmente acepté, aunque no sentía gran afición hacia él; me figuraba que conociéndolo y apreciándolo llegaría á amarle, y de todos modos lo hice por salir de una situación falsa y violenta.

»Pero á los pocos días de matrimonio comprendí que había dado con demasiada ligereza un paso muy grave.

»Mi marido no supo fingir ni siquiera en los comienzos de nuestro matrimonio, y desde luego comprendí que al casarse no le había guiado otro objeto sino el interés, el afán de apoderarse de mi dote; supo hacerse pasar por rico, pero había dilapidado su hacienda, y las pocas fincas que le quedaban estaban hipotecadas.

»Estaba yo tan sola en el mundo que me hubiera bastado un poco de cariño para ser feliz; pero no bien me casé con él, no se cuidó más de mí, y únicamente se mostraba amable cuando quería sacarme dinero para pagar sus deudas. Harto conocía yo que era muy joven para luchar con semejante hombre, y con tal que me dejase algún tiempo en paz contraía obligaciones, firmaba sus letras y así le entregué sin resistencia parte de mi dote.

»Pero cuando fuí madre, pensando en el porvenir de mi hija me sublevé é hice todo lo posible por salvar lo poco que me quedaba. Entonces dió principio una vida de luchas terribles, que me estremecen sólo al recordarlas. Mi marido no carecía de ingenio y á veces conseguía hacer buenos negocios; en tales ocasiones gastaba y triunfaba y en casa no faltaba nada; en cambio otras veces no sabíamos si tendríamos qué comer al día siguiente y salíamos adelante á fuerza de trampas y deudas.

»¡Qué vida tan horrible pasamos algún tiempo! Mi único consuelo era mi hija, pero también lo que más me preocupaba para el porvenir. Parecíame que si mi marido hubiera encontrado en qué ocuparse, nuestra situación habría sido muy otra, é insistí y le apremié tanto para que alcanzase un empleo, que por fin accedió á mi deseo y encontró una colocación en una de las más fuertes casas de banca de la ciudad.

»Ocupaba una buena posición, pero poco retribuída; sin embargo, con algún orden y menos vicios habríamos podido vivir sin lujo, pero tranquilamente. Yo hacía todo lo posible por ahorrar algo; pero él seguía jugando; todas las noches pasaba muchas horas junto al tapete verde, y la familia se resentía de las vicisitudes del juego. Cuando ganaba estaba de buen humor y nadábamos en la abundancia; pero cuando perdía no había quien le aguantase, se enfadaba por todo, llegaba hasta pegarme y en casa carecíamos de lo necesario. En una palabra, era una vida que no la desearía á mi mayor enemigo. Por más que predicaba, por más que le aconsejaba que dejase el juego y pensase una vez siquiera en su hija, ni ejercía influjo alguno en su ánimo ni me hacía caso.

»Por algún tiempo tuvimos un poco de quietud y salimos adelante del mejor modo posible y sin las anteriores alternativas; yo casi confiaba en que se había hecho más juicioso; pero no podía afirmarlo porque en casa siempre estaba taciturno, no le veía más que á las horas de comer y en seguida se marchaba para no volver hasta las altas horas de la noche y cuando yo estaba ya acostada.

»Un día terrible, que no olvidaré en mi vida, recibí un anónimo de una persona que decía apreciarme mucho é interesarse por mí; anunciábame en él que se había descubierto que mi marido, con una llave falsa, robaba diariamente alguna cantidad de dinero del que el director tenía sin contar en una caja, añadiendo que me lo avisaba porque al día siguiente iba á hacerse público el robo y á fin de que yo tuviera tiempo de adoptar mis precauciones.

»Juzgue usted cómo me quedaría al saber aquella noticia; quería persuadirme de que no se debe hacer caso de un anónimo, pero había en mi interior algo que me decía que, dado el carácter de mi marido, semejante delito no era imposible, y la verdad es que le creía muy capaz de cometerlo. Resolví salir de dudas, y cuando vino á casa le dije:

–»Lo sé todo.

»Y mirándole de hito en hito le conté lo que sabía, pero callando el modo cómo había llegado á mi noticia.

»Por su confusión, sus palabras entrecortadas y su palidez repentina comprendí que era demasiado cierto.

–»Y ¿no sabes que te han descubierto?, le dije.

–»Pero ¿qué he de hacer?, me contestó.

»¿Qué había de hacer? ¿Acaso lo sabía yo?

—»Procura devolver lo que has tomado y ruega al director que guarde silencio.

»En aquel momento no pensaba más que en salvar el honor del padre de mi Laura, y en mi ingenuidad creía que una sincera confesión y la restitución podrían salvarlo, y que después se iría lejos á comenzar nueva vida.

—»Sí, contestó; pero ¿cómo puedo hacerlo si no tengo un céntimo?

—»Poco es lo que me queda, le dije, pero puedes tomarlo, trabajaré; es preferible la miseria á la infamia.

»Y le entregué todo cuanto poseía, hasta mis joyas más queridas.

»Lo tomó todo, pero en lugar de ir á ver al banquero, quiso fugarse; mas como la autoridad estaba ya avisada y no le perdía de vista, cayó en su poder en el momento en que iba á partir para Suiza. Esta circunstancia agravó su situación, y como no faltaban testigos que le habían sorprendido en sus robos, hubo de confesarlo todo; su principal, queriendo dar un saludable ejemplo, fué inexorable, y después de seguírsele una causa criminal, después de ser el ludibrio de todo el país, se le condenó á tres años de prisión.

»Mi situación era desesperada; no poseía ya nada, y me veía despreciada ó compadecida por todos y sin esperanza para el porvenir. Aseguro á usted que llegué al extremo de cargar un revólver, que me había legado mi padre, para quitarme la vida, que me era insoportable; pero la idea de dejar sola, abandonada en el mundo á mi hija me contuvo, y su cariño me dió fuerzas á fin de hacer algo para ganarme la vida.

»Entonces acudió en mi auxilio mi amiga de la infancia, la condesa de la Somasca; aconsejada por ella y deseosa de no tener en adelante nada de común con el hombre que había sido mi marido, solicité legalmente mi separación con la condición de que se me dejase mi hija; á causa de la condena que aquél estaba sufriendo, lo conseguí con facilidad, y luego mi amiga me aconsejó que me buscara una posición para mí y para el porvenir de mi hija. Ella me ayudó á borrar todo recuerdo del pasado y me hizo ir á Milán; lejos del país donde me habían sucedido tantas calamidades, sentí renacer mi valor, puse en un colegio á mi Laura y volví á usar mi nombre de soltera, nombre sin mancha

»Lo demás ya lo sabe el señor barón. Cuando llegó usted á Italia y buscaba una institutriz para su hija, la condesa de la Somasca, amiga del señor barón, me recomendó, y usted me admitió sin pedir ninguna noticia de mi pasado. Le aseguro que estos tres años que he estado en su casa, en los que he creído renacer á nueva vida, han sido los mejores de mi existencia. Más de una vez he soñado que lo pasado ni siquiera ha existido, y me decía: «Ahora ya no soy rica; cuando mi marido salga de la cárcel no se cuidará de mí, y tampoco podrá encontrarme.» Pero me he engañado, y hoy, cuando le he visto, cuando me ha seguido, no sé lo que ha pasado por mí; no he sabido hacer otra cosa sino echar á correr y refugiarme en esta casa. Usted mismo ha visto el estado en que me encontraba cuando hemos entrado.»

—¡Pobre mujer!, exclamó el barón, que había escuchado con atención este relato. Siempre he dicho que en este mundo hay muchas víctimas.

Y fijaba en Elvira una mirada llena de compasión. Luego añadió con acento indignado:

—No bastaban las injusticias que había en el mundo, era preciso que los hombres las agravaran con sus leyes aún más injustas. Yo quiero á esta Italia tan risueña, este ambiente que nos ha devuelto la salud á mí y á mi hija; mas en punto á leyes, estamos mucho mejor; si hubiera usted vivido en Alemania, á estas horas tendría usted ya el divorcio, y ese hombre no podría alegar ningún derecho sobre usted, mientras que...

—Vale más no pensar en ello, dijo Elvira; estoy unida indisolublemente á un hombre á quien ni aprecio ni amo; á un hombre que se ha deshonrado tan vilmente; porque si comprendo que uno, ciego de ira ó de pasión, se convierta en asesino, no me explico una bajeza semejante, que me repugna; es mi destino no tener jamás paz ni tranquilidad, y por mucho que me duela habré de salir de esta casa y andar errante por el mundo, esconderme si me es posible; pero no quiero ser causa de disgustos en esta pacífica quinta, donde he pasado los tres años más felices de mi vida, años que jamás olvidaré.

—Y ¿por qué quiere usted dejarnos? No lo permitiré; sería un infame si la dejara marcharse sola, sin protección, amenazándola un peligro. Como no conocía la verdadera posición de usted en la sociedad, creí que podría llegar á ser el único que tuviese derecho de protegerla y ampararla; suponga usted que no he dicho nada y permítame concederle la protección que todo hombre debe otorgar siempre á la mujer. Cuando llegué á Italia tenía el corazón lacerado por una desgracia reciente; la salud muy quebrantada, mi hija enferma también, mi casa en poder de criados infieles y exigentes; pero se presentó usted; devolvió el sosiego á mi hogar, á mí la tranquilidad, y gracias á sus asiduos cuidados he visto revivir á mi hija; así pues, si le ofrezco á usted mi protección, es lo menos que puedo hacer por una mujer que tanto ha hecho por mí. Sigamos por tanto viviendo como hasta aquí, como buenos amigos.

—Gracias, mil gracias por tanta bondad, contestó Elvira; pero mi marido me ha encontrado, me ha conocido, y si le causara á usted disgustos, no quisiera que por mi causa...

—No tenga usted cuidado; mientras permanezca usted aquí estará segura, no podrá hacerle nada. Y si tuviese la audacia de venir á molestar, apelaré á la ley, que será para mí más justa que para usted. Esté usted tranquila y no se sobresalte inútilmente; sosiéguese y no se preocupe por lo que pueda suceder. Entretanto vaya usted á descansar y procure calmar su espíritu, que yo procuraré hacer otro tanto; y sobre todo, ¡valor!



La tertulia saludó su aparición con exclamaciones de gozo

III

El barón de Sterne era un filósofo humanitario, y vivía retirado en su quinta precisamente con el objeto de escribir una gran obra que, en su concepto, debía producir inmensos beneficios á la humanidad. Necesitaba muchos años para terminarla; pero no le faltaba paciencia ni voluntad, y confiaba en vivir el tiempo suficiente para ver coronados de buen éxito sus esfuerzos.

Decían muchos que su afán de echarla de docto y erudito era pura afectación; otros lo calificaban de originalidad de ricacho; pero todos rehuían el hablarle de su obra, porque cuando empezaba á comentarla era cuento de nunca acabar y aburría mortalmente á las personas que en cierto modo se interesaban por sus teorías.

Pero en el país estaba muy bienquisto, y todas las tardes las personas más respetables, y en verano y otoño los que allí pasaban la temporada, iban á su quinta, seguros de encontrar halagüeña acogida, una exquisita taza de te y modo de pasar agradablemente un par de horas jugando á los naipes, hablando ó tocando el piano.

Aquella noche había querido quedarse solo con Elvira, diciendo que no recibía, y después de su conversación con la institutriz, se había retirado á su despacho y agregado á su obra un capítulo titulado: *De la injusticia y perversidad humanas.*

Elvira se había acostado y seguía pensando cómo había logrado su marido buscarla hasta allí. Aunque le tranquilizó la promesa de protegerla que acababa de hacerle el barón, le estremecía la idea de que su marido estuviese tan cerca, porque sabía que era capaz de cometer alguna villanía.

Pensaba luego en la proposición que le había hecho el barón ignorando que estuviese unida á otro hombre, y calculaba cuán feliz habría podido ser con un caballero tan respetable junto con las dos niñas que se habrían querido como hermanas en aquella casa tranquila; en suma, le había hecho vislumbrar el paraíso, un sueño que le hacía parecer más triste la realidad.

El día siguiente pasó al parecer como todos los demás. Por la mañana almorzaron los tres reunidos; Sofía hablaba de su muñeca, el barón de su obra filosófica y Elvira del sol que aquella mañana brillaba de un modo esplendoroso y de los veraneantes que acudían en gran número al lago.

El barón dió luego una vuelta por el jardín con su hija, la que llevaba pan para los ratoncillos blancos y para los pajarillos de azulado plumaje que tenía en bonitas jaulas. A fuer de filósofo humanitario, el barón

protegía á todas las víctimas del universo, ya fuesen personas ó animales, por lo cual quería á los ratones y aborrecía á los gatos, no era capaz de matar una mosca y aplastaba á las arañas.

Había pertenecido mucho tiempo á una sociedad titulada *de los frugívoros*, que existe en Alemania y se compone de individuos que juran no comer más que vegetales por no matar inocentes animales. Consiguió vivir algunos años únicamente de verduras y lacticinios, pero los médicos le prohibieron luego en absoluto seguir semejante régimen, que no convenía á su estómago, acostumbrado desde la juventud á un alimento animal más substancioso.

Obedeció á los doctores, pero siempre que se llevaba á la boca un pedazo de carne pronunciaba un discurso sobre la barbarie de los hombres y sobre la necedad en no acostumbrar al cuerpo á un sustento exclusivamente vegetal.

Sofía, compasiva por naturaleza y con el ejemplo de su padre, era la protectora de todos los animales, se entretenía en echar granos de trigo en el balcón y en el patio para los pájaros vagabundos, en dar de comer por sí misma á los ratones, que se multiplicaban á ojos vistas en aquella jaula de hierro y que se habían domesticado hasta el punto de tomar el alimento de sus manos, sacando los hocicos por entre los alambres de la jaula.

Después de ir, como de costumbre, con su padre á dar una vuelta por el jardín, se encaminó al bosquecillo y fué con Elvira á un cenador para dar su lección; luego tocó un rato el piano, dedicó una hora á un bordado con el que quería sorprender á su padre el día de su santo, y en una palabra, hizo lo que los demás días; únicamente fué á pasear con María, la camarera, porque la señora no tuvo gana de salir.

–¿Tienes miedo del hombre de ayer?, le preguntó la niña.

–Quizá sí; pero de todos modos no tengo gana de pasear.

–Pues me quedaré en casa, porque me aburro cuando no salgo contigo.

–No, hija mía, debes salir porque á tu edad conviene pasear para la salud; pero yo necesito reposo.

Sofía se fué con la camarera, y cuando volvió le dijo que había visto al hombre del día anterior, pero que no las había seguido.

Elvira se inmutó al oir esto, pero no dijo nada y aun afectó una calma que no sentía por cierto en su interior.

Por la noche llegaron á la quinta los amigos de costumbre, á los cuales se había unido algún otro que veraneaba hacía pocos días en las inmediaciones. Aquéllos eran: el médico, viejo misántropo, que se había retirado allí por huir de la gente, pero que al llegar la noche tenía imprescindible necesidad de comunicar á alguien sus ideas, aunque fuese con el boticario del pueblo ó con el posadero; un coronel retirado, que jugaba al *whist* con el barón, y la maestra de primera enseñanza, que por lo común se sentaba con su labor en un rincón de la sala al lado de Elvira, á la cual contaba todo lo que en el pueblo se decía.

Aquella noche había además tres ó cuatro forasteros procedentes de Milán, entre ellos D. Carlos, hombre de buen carácter, que regocijaba á todos con su faz bonachona y rubicunda. Divertía con sus ocurrencias al barón, á quien le gustaba estar por la noche de buen humor, pues, según decía, esto es muy conveniente para la digestión.

Era la primera vez que D. Carlos asistía aquel año á la tertulia, que saludó su aparición con exclamaciones de gozo y de sorpresa.

Pasaron todos un rato en agradables pláticas; luego el barón se puso á jugar su partida con sus habituales compañeros, y mientras los demás contertulios hablaban de política, D. Carlos se acercó á las dos señoras que estaban haciendo labor sentadas en un diván.

–¿Sabe usted, Elvira, dijo, que estos días he hablado mucho de usted?

La joven había cifrado aquellos días todo su cuidado en dominarse y no se turbó.

–¿De veras?, contestó inclinándose como para dar las gracias.



Elvira dió un grito al ver al hombre á quien tanto temía

–¿Y no tiene usted curiosidad por saber quién se interesaba tanto por usted?

–No soy curiosa.

–Cosa rara en una hija de Eva, y por lo mismo quiero recompensarla diciéndole el nombre del amigo que se ha ocupado de usted.

–¡Ah! ¿Es un amigo de usted?

–Un caballero á quien he conocido yendo de viaje hace quince días.

–Vamos, amistad de reciente fecha.

–También á él le ha abandonado su mujer como á mí, y la desventura común nos ha reunido.

Elvira empezó á sobresaltarse, pero hizo lo posible por no darlo á conocer; así fué que echándolo á broma contestó riendo:

–Es una desventura que soporta usted con mucha filosofía.

–¿Me he de matar por eso? No estoy tan loco. ¿He de llorar toda mi vida, si mi mujer, que no encontró en mí su ideal, se decidió á escaparse? No diré que me haya gustado, pero tampoco me remuerde la conciencia, porque he sido un buen marido. Ha tenido por conveniente marcharse; vaya con Dios y buen viaje; me he resignado y punto concluído; sólo me ha quedado un sentimiento, el de haber sido tan necio que me he visto en este caso por una mujer.

La maestra, que hasta entonces no había tomado parte en la conversación, levantó la cabeza y echó á D. Carlos una mirada furiosa.

–Siempre se exceptúa á los presentes, añadió éste.

–Y también á los ausentes; si su mujer de usted no se ha portado como debía, las demás no tienen la culpa; una golondrina no hace verano.

–Es que he conocido muchos hombres en mi situación, entre ellos el amigo de quien hablaba.

–¿Sí, eh? ¿Sabe usted algo de ese amigo? ¡Quién sabe lo que le ha hecho creer á usted! ¿Es quizás el que paseaba esta mañana con usted, aquel caballero de patillas negras?

–Justamente.

–Pues tiene una cara poco recomendable; créame usted, soy buena fisonomista.

–No puedo decir nada, respondió D. Carlos; lo único que sé es que cuando sucede algo malo siempre tiene la culpa una mujer, y no soy el único que profesa esta opinión, pues por algo se dijo: *¿quién es ella?* Hoy mismo, cuando me ha visto usted con mi amigo, le estaba aconsejando que se marchase, precisamente porque me parecía que se interesaba demasiado por Elvira; si hubiera sido un marido posible, paciencia; pero, dada nuestra situación, perdone usted que diga que á las mujeres conviene tratarlas ligeramente, reir, bromear, pero no perder tras ellas la cabeza ni el corazón.

–Esos son los hombres, replicó la maestra: ¡qué bien hago yo en no querer ocuparme de ellos!

–¿Es usted en efecto la que no quiere ocuparse de ellos? Pues yo creo que no los rechazaría si se le presentase una ocasión...

La maestra le miró furiosa y contestó:

–Es que no me han faltado ocasiones, y así lo puede atestiguar Elvira, que es mi confidente y que profesa mi misma opinión con respecto á los señores hombres.

Elvira había procurado varias veces dar otro giro á la conversación, pero sin conseguirlo; observaba que el barón atendía más á lo que decía D. Carlos que á su partida, y su compañero de juego, el misántropo, tuvo que llamarle al orden más de una vez. Temía que continuase la conversación; estaba inquieta, nerviosa, y cuando vió entrar al criado con el te, exhaló un prolongado suspiro de satisfacción y se levantó en seguida para servir á los contertulios.

El te distrajo en efecto á todos, haciendo que la conversación se hiciera general, tratándose del *whist*, de asuntos de arte, y luego un caballero se sentó al piano y tocó una pieza de ópera muy en boga.

Cuando se despidieron, el barón acompañó á sus huéspedes hasta la verja del jardín, y acercándose á D. Carlos le dijo:

–Ande usted con cuidado con su nuevo amigo; creo que acaba de salir de la cárcel, donde ha estado preso por robo, y sobre todo, no le presente usted en mi casa ni le haga referencias ni le comunique detalle alguno acerca de ésta, porque su visita no me agradaría.

–¿Será posible? ¡Y yo que le he hecho tan inocentemente la descripción de esta quinta!... Vamos, me parece imposible lo que usted me dice.

–De todos modos, resérveselo usted; sólo le aconsejo que no se fíe mucho de él.

–Gracias, barón. Mañana iré á hacer una excursión por los lagos para quitármelo de encima, y en adelante me guardaré, no sólo de las mujeres, sino también de los compañeros de desgracia que en lo sucesivo pueda encontrar.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL PARACAÍDAS DE M. CAPAZZA

Un aeronauta conocido por sus muchas expediciones interesantes, M. Capazza, ha probado hace poco en París un sistema de paracaídas que constituye al

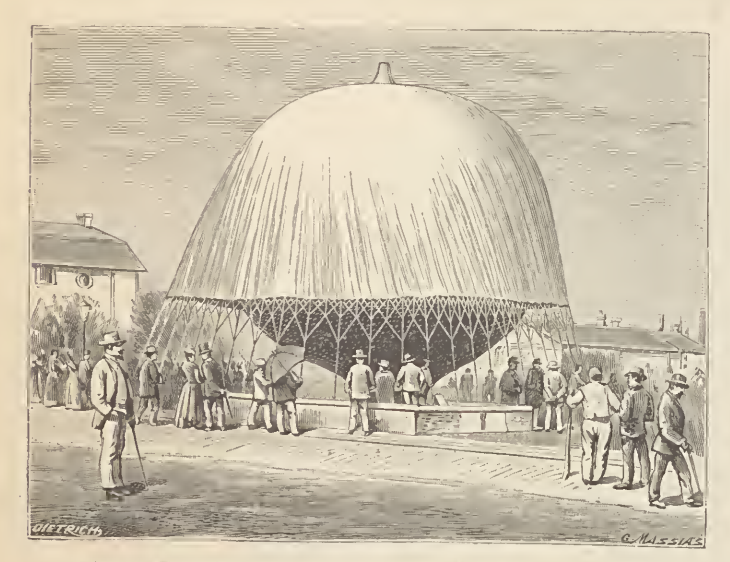


Fig. 1. Henchimiento del aerostato de M. Capazza por medio del paracaídas-red

mismo tiempo la red del globo, aparato que por su novedad merece que sobre él llamemos la atención de nuestros lectores. Hasta ahora los paracaídas usados por los aeronautas eran independientes del aerostato é iban colgados á los lados de éste ó suspendidos de la parte inferior de la barquilla. M. Capazza ha concebido la idea de envolver el hemisferio superior del globo con el mismo paracaídas que con las cuerdas que sostienen la barquilla hace las veces de red. La figura 1 representa la manera de hinchar el globo de M. Capazza.

El paracaídas construído para este experimento es de seda y mide 22 metros de diámetro, y en su parte superior la tela tiene un orificio para dejar paso al aire y asegurar con ello la estabilidad vertical del sistema. La barquilla está directamente unida al paracaídas por medio de cuerdecitas bastante resistentes que la mantienen á una distancia de 30 ó 35 metros de la parte más alta del aerostato (fig. 2, n.° 1).

Cuando el globo está en el aire, el aeronauta puede reventar su globo por medio de una cuerda de desgarro: entonces el globo se deshincha y cae encima del círculo de la barquilla y el paracaídas se abre y funciona (fig. 2, n.° 2).

El experimento á que nos referimos tuvo un éxito

Fig. 2. El aerostato de M. Capazza con su paracaídas red: 1, El aerostato en el espacio; 2, El aerostato deshinchado y funcionamiento del paracaídas

completamente satisfactorio: M. Capazza se elevó en presencia de un gran número de espectadores, y cuando hubo llegado á la altura de 1.200 metros se vió, no sin emoción, que el aerostato reventaba y se deshinchaba en el espacio; entonces el paracaídas se abrió y condujo lentamente al experimentador á tierra.

El aerostato se elevó á las cinco de la tarde y emprendió la dirección Nordeste, y diez minutos después el globo reventó y se verificó el descenso del paracaídas.

M. Capazza determina el desgarro de su globo por medio de un cuchillo que colocado en la parte superior de éste y retenido por un ojete, es puesto en movimiento merced á una cuerda: al tirar de ésta el aeronauta, el cuchillo abre una sección en la tela y la fuerza misma del gas que se escapa determina un desgarro longitudinal de arriba abajo, con lo que el aerostato se vacía con suma rapidez. La reparación de la avería es fácil y barata, pues basta una simple costura para que el globo vuelva á encontrarse en perfecto estado para funcionar.

No es esta la primera vez que se emplean cuerdas de desgarro de este género. Los aeronautas han provisto á menudo sus globos con un sistema de cuerda que les permite rasgarlos longitudinalmente en caso de que un viento huracanado arrastre el aerostato por el suelo, no debiendo entonces funcionar la cuerda sino cuando el globo toque al suelo. M. Capazza, por el contrario, puede, gracias á su paracaídas, romper sin inconveniente su globo estando en el aire.

M. Capazza, al construir el ingenioso aparato que hemos descrito ha creado un paracaídas en el que nadie antes que él había pensado; pero no hay que dar demasiada importancia al empleo de este órgano, pues los aeronautas no se sirven apenas de él. Cuando un globo está bien construído y confeccionado con una buena tela no es fácil que reviente, y por lo tanto no es necesario el paraídas. A esto contesta M. Capazza que ninguna precaución es bastante y que un exceso de prudencia siempre es conveniente en aeronáutica; que su paracaídas-red no es más pesado que una red ordinaria, y que si ocurre un accidente imprevisto el aeronauta evitará con él una caída espantosa.

GASTÓN TISSANDIER

***

FÍSICA RECREATIVA

LA PRESTIDIGITACIÓN DESCUBIERTA

EL CUCURUCHO DE FLORES

Las flores han desempeñado siempre gran papel en la prestidigitación porque dan á los juegos un carácter gracioso y elegante. Pero las flores naturales las más de las veces, especialmente cuando hay que disimular su presencia, son reemplazadas por flores de papel ó de pluma, cuyo volumen es más fácil de reducir: tal sucede con el experimento que vamos á explicar y que, preciso es decirlo, exige ser visto algo de lejos para que los espectadores puedan, sin gran esfuerzo de imaginación, hacerse la ilusión de que las flores que ven son naturales. Esto no obstante, aun visto de cerca el juego sorprende como todos los que consisten en hacer aparecer objetos más ó menos voluminosos allí donde pocos momentos antes no se veía nada.

El prestidigitador toma un periódico y á la vista del público confecciona con él un cucurucho: imposible es, en este caso, suponer la existencia de un doble fondo, á pesar de lo cual el cucurucho suavemente agitado se llena de flores, venidas no se sabe de dónde, y en número tan prodigioso que se desbordan de aquél y cubren el suelo (véase el grabado). La figura 2 representa, vistas de los dos lados, las flores empleadas, A y B, cada una de las cuales consta de cuatro hojas de varios colores recortadas con sacabocado en papel de flores muy fino. Fijándonos en la figura A vemos las hojas 1 y 2, 3 y 4 pegadas juntas por los extremos de sus lados anteriores, al paso que la fig. B nos presenta las hojas 2 y 3 pegadas de igual modo por el lado opuesto: un pequeño muelle D, muy ligero y delgado, formado por dos laminitas soldadas por su extremo inferior que se inclinan en sentido contrario, va fijado en las dos hojas exteriores 1 y 4 de la flor y está disimulado por una tira de papel de igual color; este resorte cuando puede abrirse libremente desenvuelve la flor en forma de abanico y le da su aspecto voluminoso. Cien ó más flores de estas reunidas y apretadas unas contra otras por medio de un hilo ó de una goma (C, fig. 2) forman un paquete bastante pequeño para que el operador pueda disimularlo en la palma de la mano mientras confecciona el cucurucho.

MAGUS

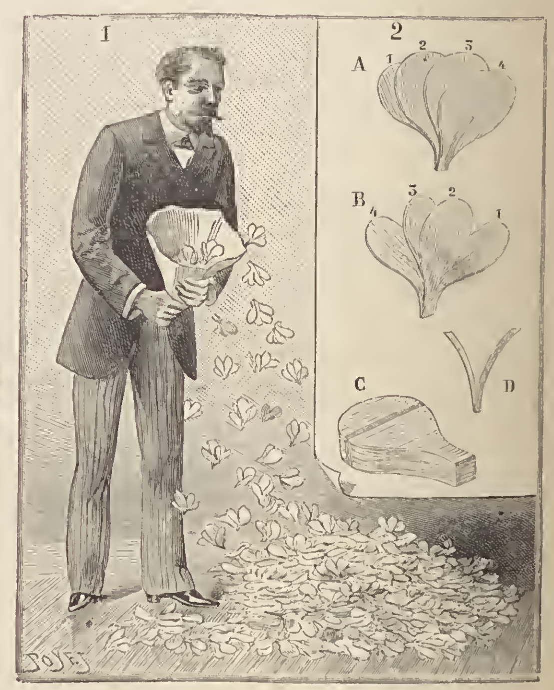
***

DETERMINACIÓN DE LA DENSIDAD DE LOS GASES

MÉTODO Y APARATO DE LOS SEÑORES ENRIQUE MOISSAN Y ENRIQUE GAUTIER

El punto de licuefacción y la densidad de una mezcla gaseosa pueden ser elementos utilizables en un laboratorio para hacer el análisis de esta mezcla; el punto de licuefacción se determina hoy en día fácilmente gracias al aparato de M. Cailletet, y la densidad del gas daría igualmente resultados importantes si pudiese determinarse con facilidad; pero los métodos á dicho fin empleados son generalmente demasiado largos y excesivamente delicados para la práctica del laboratorio, y exigen además volúmenes de gas sobradamente grandes.

Los Sres. Moissan y Gautier han presentado recientemente á la Academia de Ciencias de París un mé-



Física recreativa. – El cucurucho de flores

todo sencillo y rápido que tiene sobre todos los anteriores la ventaja de no exigir un volumen de gas superior á 100 centímetros cúbicos. El principio en que se basa este método, análogo al de Dumas, consiste en determinar por medio de una balanza que indique el medio milígramo la diferencia entre el peso de un volumen conocido del gas que se ha de examinar, medido en las condiciones de temperatura y de presión bien determinadas, y el peso de un volumen igual de aire en las mismas condiciones de temperatura y presión.

El aparato que reproduce nuestro grabado se compone de dos partes: un medidor de volumen B y un matraz móvil A en el que se pesa el gas.

El medidor B está formado por un cilindro de cristal de una capacidad de 95 centímetros cúbicos aproximadamente, cerrado en su parte superior por una espita de tres vías R y terminado en su parte inferior por un tubo más estrecho, el cual tiene divisiones que indican el volumen comprendido entre la espita R y cada una de ellas y hállase fijado en *c* á un tubo de caucho bastante largo que pone en comunicación al medidor con una ampolla terminada en un tubo y provista de una espita R'. Esta ampolla se llena de mercurio y permite someter el gas que ha de medirse á la presión atmosférica. En la parte superior del tubo *a b* hay una espita de tres vías R que la une á un tubo casi capilar K, por medio del cual se hace llegar el gas desde la probeta que lo contiene hasta la ampolla en donde está el mercurio. Finalmente una pieza *m* permite fijar el matraz A en la parte superior del medidor para hacer pasar el gas contenido en éste.

He aquí la manera de hacer el experimento: hecho el vacío en el matraz A, se deja luego que pene-

tre en él lentamente aire absolutamente seco, operación que se repite hasta diez veces, después de lo cual se cierra la espita R″. Llénase de mercurio seco y puro el medidor y el tubo K, levantando la ampolla C; colócase el extremo abierto del tubo en la probeta que contiene el gas que ha de estudiarse, sirviéndose de este aparato como de una pipeta de gas para hacer pasar 100 centímetros cúbicos aproximadamente de gas al tubo *a c*. Se da vuelta á la espita R de modo que el medidor quede aislado del resto del aparato, y se coloca de nuevo la ampolla C para que el mercurio tenga el mismo nivel en el tubo D y en el tubo *b c*. Se pone el aparato (medidor y matraz) en una pieza orientada al Norte y con una temperatura lo más constante posible; este equilibrio de temperatura se consigue á las seis ó siete horas, pero puede evitarse esta pérdida de tiempo rodeando al medidor con un cilindro lleno de agua. Se abre por un instante la espita R″ del matraz para que el aire que contiene se ponga á la presión atmosférica, y se hace luego la deducción de la tara de ese aire por medio de un pequeño matraz compensador de igual volumen. Entonces queda hecho el vacío en el matraz A y engrasando con cuidado la pieza *m* se la aplica al medidor: ábrense lentamente las espitas R y R″, y levantando, si es necesario, la ampolla C se hace pasar el gas al matraz.

Es fácil, gracias á la ampolla C, expulsar el gas del medidor y hacer subir el mercurio hasta el tubo del matraz, pero sin tocar la llave de la espita R″; una vez cerrada ésta basta bajar la ampolla C para que descienda el mercurio, y cuando éste es muy limpio no queda ni un glóbulo de él en el tubo.

Se cierra la espita R″, se separa el matraz, se seca

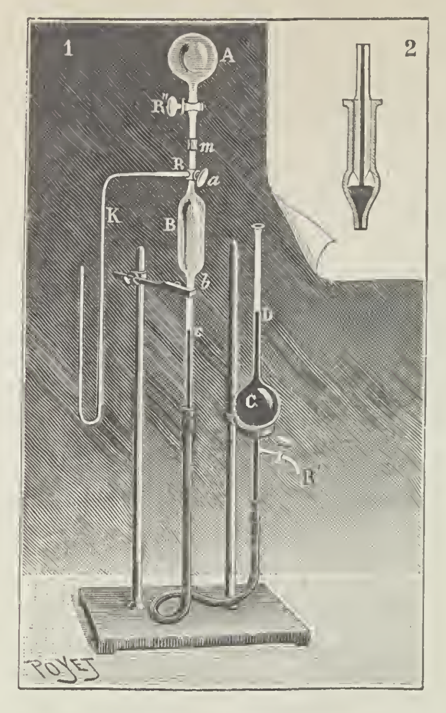


Fig. 1. Aparato de los Sres. Moissan y Gautier para determinar la densidad de los gases. – Fig. 2. Detalle de la disposición de la pieza *m* que impide que la grasa penetre en el globo A.

con cuidado la pieza *m* y se pone á aquél en comunicación con un recipiente de ácido sulfúrico de modo que se introduzca en él aire seco hasta que la presión total sea algo inferior á la presión atmosférica, y luego se pone el matraz en una balanza.

En virtud de la disposición dada á la pieza *m* (figura 2) para impedir que la grasa penetre en el matraz A, queda un espacio perjudicial lleno de gas del medidor que no puede penetrar en aquél: para evitar el inconveniente que de ello resulta se determina una vez por todas el volumen de ese espacio y se le resta del valor del volumen *v*. En el aparato utilizado por los Sres. Moissan y Gautier era de 1 centímetro cúbico.

Si llamamos *p* al peso (en gramos) que hay que añadir ó restar para obtener el equilibrio, *v* al volumen del gas y del aire, á la temperatura *t* y á la presión H, la densidad *x* se obtendrá por la proporción:

$$p = \text{v.}\ 0'001293\,(x-1)\,.\,\frac{\text{H}}{760}\,.\,\frac{1}{1+0'00367\,t}$$

Los Sres. Moissan y Gautier completan su comunicación citando algunas cifras obtenidas con la aplicación de su método respecto de gases cuidadosamente preparados: comparándolas con las densidades obtenidas por el cálculo ó por medio de los experimentos de Regnault, resulta que el error es de menos de un céntimo, aproximación suficiente para comprobar y seguir una reacción de laboratorio. El volumen gaseoso contenido en el matraz puede ser recogido, después de obtener la densidad, por medio de una trompa de mercurio y servir para estudiar la composición del gas estudiado.

X..., *ingeniero*

NOTICIAS VARIAS

COMPAÑÍA TELEGRÁFICA AMERICANA

En naciones cómo la nuestra, en donde los telégrafos están exclusivamente en manos del Estado, apenas podemos formarnos idea de esas poderosas compañías como algunas existentes en los Estados Unidos, que son dueñas de una extensa red y que explotan los servicios telegráficos como ramas de la industria privada.

Inglaterra cuenta también numerosas sociedades que establecen y explotan de su cuenta y riesgo una red ó un cable telegráfico submarino.

En los Estados Unidos podemos citar como ejemplo la *Western Union Telegraph*. De veinticuatro años á esta parte ha seguido esa progresión fantástica que todo sigue en aquella república, en donde las ciudades nacen y se desarrollan como por encanto. En 1868 poseía 52.099 millas de líneas, 104.584 millas de alambres y 3.607 estaciones; el número de telegramas cursados durante dicho año fué de 7.934.933 y los ingresos ascendieron á unos 36 millones de pesetas. En 1878 la longitud total de las líneas era de 82.987 millas y la de los hilos de 211.566, de modo que los alambres eran casi en todas partes triples, al paso que diez años antes apenas eran dobles: la longitud de las líneas se había también duplicado. El número de estaciones era de 8.534 y el de telegramas se elevó á 25.070.106, que produjeron una suma total de unos 60 millones de pesetas.

Posteriormente todas estas cifras se han multiplicado en proporciones enormes; así durante el ejercicio de 1888 á 1889 la compañía poseía una longitud de líneas de 178.754 millas, alcanzando la de los hilos la cifra de 647.697 y pasando de 18 000 el número de estaciones: el número de telegramas fué de 54.108.326 y los ingresos se elevaron á unos 100 millones.

Hay que observar que para estos servicios, como para los ferrocarriles en Inglaterra, la libre competencia, que es el principio admitido y puesto en práctica por la fuerza misma de las cosas, tiende á desaparecer: las compañías se fundan y se fusionan, lo cual es un bien, pues esa competencia que parece beneficiosa al público tiene el grave inconveniente de producir una pérdida á consecuencia de los dobles empleos y del considerable material que de esta suerte permanece inmovilizado, cuando un material mucho menor y por ende un capital de explotación más reducido podrían satisfacer todas las necesidades del público.



Monumento que el capitán Noisot erigió en honor de NAPOLEÓN I en su finca de Tixin (Costa de Oro), obra de Rude

EDIFICIOS DESMONTABLES DE CARTÓN COMPRIMIDO

La expedición al Dahomey ha atraído en Francia la atención de los poderes públicos sobre la necesidad de poner á la disposición del ejército edificios ligeros, cuyas partes desmontadas puedan ser llevadas fácilmente y cuyo montaje pueda efectuarse con facilidad y rapidez. En vista de que la madera se altera con la humedad, la marina ha preferido para el Dahomey el cartón comprimido: este sistema inventado en 1889 por el comandante de ingenieros M. Espitallier, que empleaba elementos tubulares, ha sido objeto posteriormente de varios perfeccionamientos debidos principalmente á M. Lefort, de Alfortville.

El *Cosmos* da la siguiente descripción de una de estas construcciones: «Las dos paredes que forman el muro son independientes y se embalan, sin huecos ni intervalos de los tableros del piso, y en el montaje se ajustan á las ranuras de montantes especiales muy aplastados y muy ligeros, á una distancia de 92 centímetros uno de otro y solidarios con los tableros de las paredes á las que sirven de marco por medio de tendedores con tornillos colocados entre las dos paredes en toda la longitud del muro. Los tableros de las paredes, de 2'40 metros de alto por 90 centímetros de ancho son interiormente de cartón orlado con un cuadro metálico en forma de U y exteriormente un aglomerado antiséptico especial puesto en capa muy delgada sobre una tela metálica. Construído de esta suerte el muro, los tableros de cartón del techo se colocan como un primer techado de dos aleros enchabetados en su arista superior y fijados por la inferior en la pared. Un ligero tirante de hierro completa el conjunto de este armazón, cuyo empuje equilibra. El techado propiamente dicho se compone igualmente de tableros de cartón barnizado con laca, colocados uno al lado de otro, enchabetados en el caballete y que por el otro extremo descansan sobre una delgada viga maestra que corre á lo largo de toda la pared. En los países cálidos se dispone alrededor de la vivienda una galería ó mirador, cuyo techado descansa igualmente en la viga debajo de los tableros del techado principal. Entre los dos planos del techo y del techado hay un espacio de 60 centímetros de alto en la parte de la pared en la que el hueco sólo está cerrado por una tela metálica, lo cual permite una ventilación abundante. El edificio descansa sobre un piso compuesto de tableros yuxtapuestos y sostenidos por muchas hileras de repisas que forman vigas. Este conjunto está á un metro sobre el nivel del suelo mediante algunas columnitas de hierro fundido: el espacio habitable tiene 16'10 metros de largo por 6'50 de ancho y puede contener 25 ó 30 camas.»

M. Lefort ha construido también cuadras desmontables con tableros de cartón, rasteles de hierro y pesebres de palastro.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

A Colón

1892

La Ilustración Artística



BARCELONA

IMPORTANTE PUBLICACION

HISTORIA

DE LA

AMÉRICA ANTECOLOMBIANA

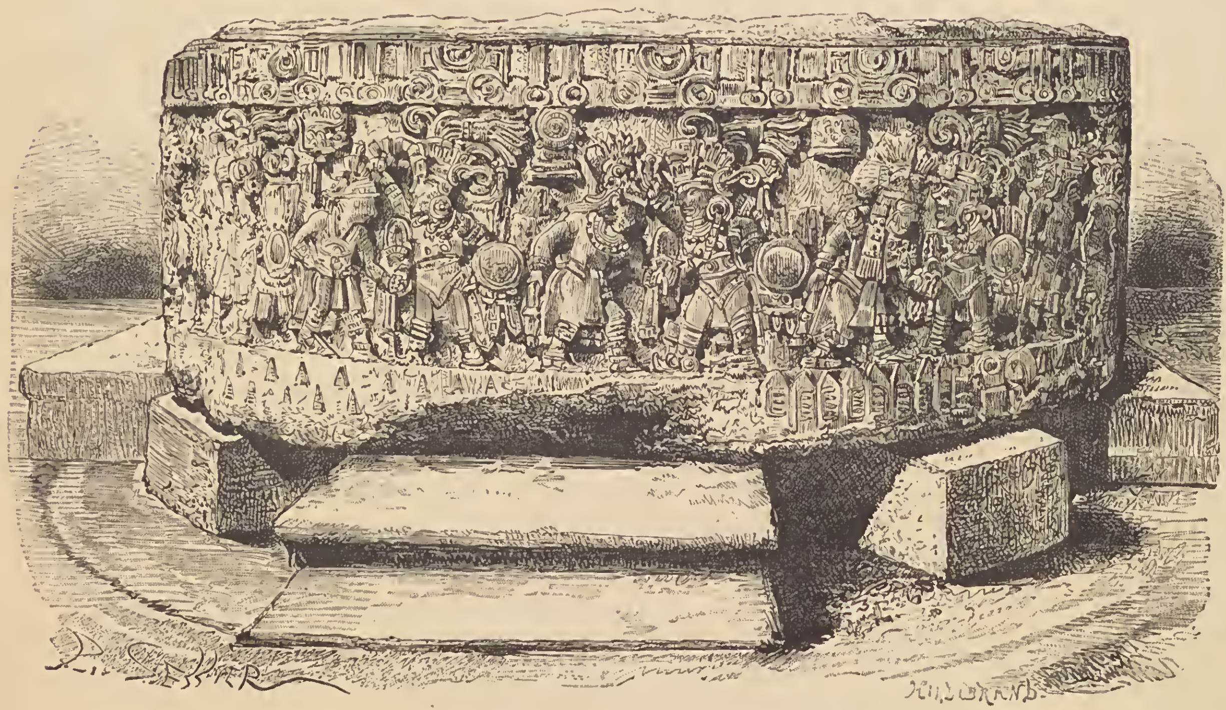
ESCRITA POR

Don Francisco Pi y Margall

Nueva edición destinada á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América por CRISTÓBAL COLÓN

ILUSTRADA CON PRECIOSOS CROMOS LITOGRÁFICOS

GRABADOS EN PIEDRA Y EN BOJ QUE REPRESENTAN MONUMENTOS Y TODAS LAS BELLEZAS DIGNAS DE REPRODUCIRSE



MUESTRA DE LOS GRABADOS. – La piedra del Sol ó de Tizoc, existente en el Museo de México (de fotografía)

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBIANA constará de un gran tomo de unas 2,000 páginas, dividido en dos.
Cada semana se repartirá un cuaderno cuando más de ocho entregas de cuatro páginas cada una. El precio de cada entrega será el de

MEDIO REAL EN TODA ESPAÑA

Durante el curso de la obra se publicarán cromos y láminas en boj, que representarán antigüedades, monumentos, armas y trajes.
Cada cromo equivaldrá á dos entregas de texto, y á una las láminas grabadas en boj.
Enemigos de encarecer la importancia de nuestras publicaciones, nos ceñimos pura y estrictamente á decir que el público juzgará nuestros esfuerzos por hacer que la HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBIANA satisfaga los deseos de los amantes de las letras.
Se suscribe en todas las librerías y centros de suscripción, en donde pueden reclamarse prospectos.

OBRAS PUBLICADAS POR LA CASA MONTANER Y SIMÓN, DE BARCELONA

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR DON MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR DON JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE

DON ANDRÉS BORREGO Y DON ANTONIO PIRALA

Edición económica repartida por tomos encuadernados

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La HISTORIA DE ESPAÑA por D. Modesto Lafuente, que comprende desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, consta de 19 tomos, y su CONTINUACIÓN hasta la muerte de Alfonso XII, de 6 tomos, unos y otros de 350 á 400 páginas de extensión. Su ilustración contiene unas 88 magníficas cromolitografías que reproducen objetos artísticos, códices, autógrafos, armas, buques, etc., etc.; preciosos y exactos mapas; numerosos grabados intercalados, copias de monumentos, retratos auténticos de monarcas españoles, colección selecta de monedas de todas épocas; en una palabra, cuanto hemos creido interesante para la mejor inteligencia del texto, al cual se unen no de una manera acompasada y sin motivo, antes bien teniendo en cuenta la utilidad de su aplicación y las épocas, sucesos y objetos más dignos de ser ilustrados.

Convencidos de que un libro tan interesante por sus condiciones literarias y artísticas debía conservarse en buen estado por mucho tiempo y ser apreciado hasta por su aspecto exterior, hemos combinado una encuadernación tan sólida como elegante: su corte dorado, su lomo de piel, sus cantos recubiertos de pergamino, á fin de evitar los estragos del roce continuo, dan á los tomos lujoso aspecto y positivas condiciones de duración.

Se vende la obra que comprende 25 tomos á VEINTE REALES UNO EN TODA ESPAÑA.

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

ESCRITA POR AUTORES DE RECONOCIDA COMPETENCIA

É ILUSTRADA EN VISTA DE LOS MONUMENTOS DE TODAS CLASES Y DE TODAS LAS ÉPOCAS ASÍ COMO DE LAS OBRAS DE ARTE DE LOS MÁS FAMOSOS AUTORES

ARQUITECTURA.—PINTURA.—ESCULTURA.—MOBILIARIO.—CERÁMICA.—METALISTERÍA.—GLÍPTICA.—INDUMENTARIA.—TEJIDOS.

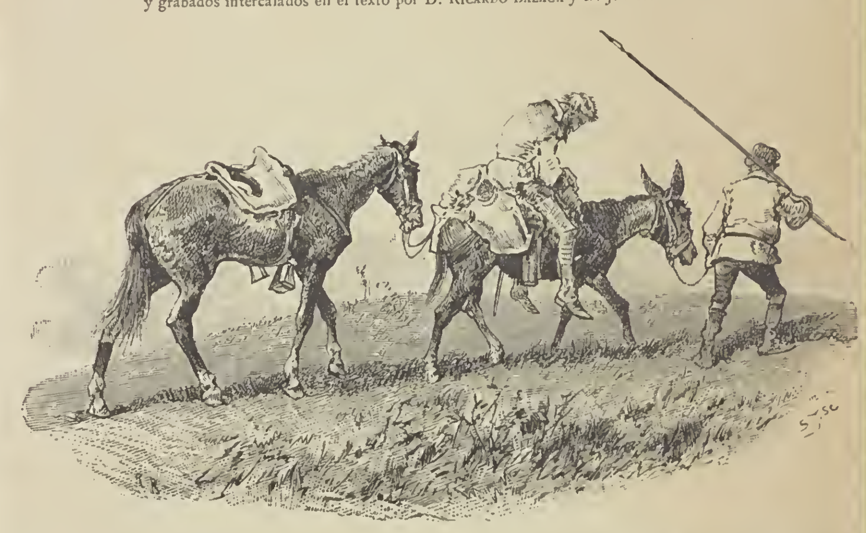
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración, consistente en extraordinario número de grabados intercalados en el texto, á la vez que en bellísimas cromolitografías, unos y otras notables no tan solo por la rigurosa autenticidad de los objetos que representan, sino también por su cuidadosa ejecución. Se publica por cuadernos al precio de SEIS REALES UNO EN TODA ESPAÑA.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA é ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. RICARDO BALACA y D. J. LUIS PELLICER



Para realizar nuestra monumental edición obtuvimos el valioso concurso de D. Nicolás Díaz de Benjumea, fundador de la escuela del comentario filosófico del Quijote, y de los pintores Pellicer y Balaca. Al primero debemos una notable biografía de Cervantes y una colección de notas al texto de la obra, y á los segundos una completa colección de cuadros y dibujos que en concepto de artistas muy distinguidos constituyen la más bien entendida y hábilmente ejecutada interpretación de los tipos y escenas cervantescas.

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado.

Su precio OCHOCIENTOS REALES EJEMPLAR, pagados en doce plazos mensuales.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO

DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

ESCRITO POR LOS SEÑORES

ASENJO BARBIERI, FRANCISCO (*Instrumentos de música populares en España*). – AZCÁRATE, GUMERSINDO (*Sociología, Política*). – BELTRÁN Y RÓZPIDE, RICARDO (*Geografía, Historia*). – CARRERAS Y SANCHIS, MANUEL (*Ciencias médicas*). – CASTELLANOS, BASILIO SEBASTIÁN (*Fiestas, costumbres y usos españoles*). – CLAIRAC Y SÁENZ, PELAYO (*Ingeniería, Geodesia*). – CUENCA, CARLOS LUIS (*Derecho penal, Enjuiciamiento criminal, Justicia militar, Derecho canónico, Historia eclesiástica*). – DANVILA JALDERO, AUGUSTO (*Monumentos arquitectónicos españoles*). – DOPORTO, SEVERIANO (*Historia de América, Biografía española, Biografía contemporánea de españoles y extranjeros*). – ECHEGARAY, EDUARDO (*Ciencias exactas, Mecánica*). – ECHEGARAY, JOSÉ (*Magnetismo, Electricidad*). – ESPEJO Y DEL ROSAL, RAFAEL (*Veterinaria*). – ESCANDÓN Y PIÑERO, RAMÓN (*Astronomía, Meteorología*). – FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, FRANCISCO (*Cultura oriental*). – GARCÍA GÓMEZ, JUAN J. (*Derecho administrativo*). – GONZÁLEZ SERRANO, URBANO (*Filosofía*). – LETAMENDI, JOSÉ DE (*Principios de Medicina*). MADRAZO, PEDRO DE (*Pintura, Escultura, Grabado*). – MÉLIDA, JOSÉ RAMÓN (*Mitología, Arqueología oriental y clásica, Indumentaria, Panoplia, Heráldica, Artes industriales extranjeras de las edades media y moderna*). – MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO (*Obras maestras de la literatura española*). – MONTALDO Y PERÓ, FEDERICO (*Arte naval, Navegación*). – MUÑOZ Y RIVERO, JESÚS (*Paleografía, Archivos, Bibliotecas*). – PAGÉS DE PUIG, ANICETO DE (*Autoridades de la lengua española desde su formación hasta nuestros días*). – PEDREGAL, MANUEL (*Principios de la ciencia económica*). – PÍ Y MARGALL, FRANCISCO (*Filosofía del Derecho*). – PIERNAS Y HURTADO, JOSÉ MANUEL (*Hacienda pública*). – REVENGA Y ALMAZORA, RICARDO (*Estadística, Economía política*). – SAAVEDRA, EDUARDO (*Arquitectura*). – SBARBI, JOSÉ MARÍA (*Lexicografía, Gramática, Música*). – SUÁREZ INCLÁN, JULIÁN (*Arte militar*). – VALERA, JUAN (*Estética*). – VARELA VÁZQUEZ, ANGEL (*Ciencias físicas y naturales*).

EDICIÓN PROFUSAMENTE ILUSTRADA

con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte mas célebres de todas las épocas; monedas y medallas de todos los tiempos, etc., etc., etc.

La obra se reparte por cuadernos de CUATRO REALES, los cuales constan de SEIS PLIEGOS DE 8 PÁGINAS DE TEXTO CADA UNO. Siempre que al cuaderno de reparto se acompañe una lámina suelta impresa en colores, mapa ó cromo, se considerará cada una como un pliego de texto; lo propio que cuando se repartan dos láminas en negro, en cuyo caso acompañarán sólo cinco pliegos de texto.





GEOGRAFÍA UNIVERSAL

POR

VIVIÉN DE SAINT-MARTIN, MAURY, BEAUDANT, MALTE-BRUN, LAVALLÉE, CORTEMBERT Y TOPINARD

COMPLETADA

con las exploraciones de los más notables viajeros antiguos y modernos, y corregida su parte estadística según los más recientes censos y datos oficiales

Esta interesante obra está dividida en cuatro abultados tomos, encuadernados con planchas alegóricas é ilustrados con abundantes láminas de gran tamaño. Igualmente se acompaña una excelente colección de mapas iluminados, de un tamaño doble del de la obra.

La sección titulada VARIEDADES DE LA ESPECIE HUMANA va ilustrada con preciosos grabados intercalados en el texto, y una rica colección de cromos litográficos tirados con notable precisión. – Se admiten suscripciones.

HISTORIA NATURAL

NOVÍSIMA EDICIÓN CUIDADOSAMENTE CORREGIDA Y PROFUSAMENTE ILUSTRADA

DIVISIÓN DE LA OBRA

ANTROPOLOGÍA POR EL DR. P. TOPINARTD

corregida y ampliada con nuevos datos etnográficos tomados de la obra del profesor *F. Ratzel* y otros

ZOOLOGIA POR EL DR. C. CLAUS

CATEDRÁTICO DE ZOOLOGÍA Y ANATOMÍA COMPARADAS DE LA UNIVERSIDAD DE VIENA

traducida por el *doctor don Luis de Góngora*, de la quinta edición alemana, y cuyo derecho exclusivo de propiedad para España tenemos adquirido

BOTANICA, GEOLOGÍA, MINERALOGÍA Y PALEONTOLOGÍA

escritas por eruditos autores españoles con presencia de las más completas y recientes obras de estas ramas de la ciencia

Lujosa edición, la más notable, completa y económica de cuantas en su género han visto la luz en Europa, ilustrada con MILES de preciosos grabados, que representan fielmente la mayor parte de las especies de los TRES REINOS DE LA NATURALEZA y con una colección de magníficas CROMOLITOGRAFÍAS.

BASES DE LA PUBLICACION

La HISTORIA NATURAL que anunciamos comprenderá unos 12 tomos de 350 á 400 páginas de extensión, repartiéndose gratis los que excedan de 15. Su ilustración contendrá preciosas cromolitografías y numerosos grabados, interesantes para la mejor inteligencia del texto, al cual irán unidos, teniendo en cuenta la utilidad de su consulta.

Edición económica á VEINTE REALES EL TOMO ricamente encuadernado

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA

COMPARADAS

redactado con presencia de los de las Academias española y francesa, BESCHERELLE, LITTRÉ, SALVÁ y los últimamente publicados

POR DON NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

CONTIENE LA SIGNIFICACIÓN DE TODAS LAS PALABRAS DE AMBAS LENGUAS. — LAS VOCES ANTICUADAS LOS NEOLOGISMOS. — LAS ETIMOLOGÍAS. — LOS TÉRMINOS DE CIENCIAS, ARTES Y OFICIOS. — LAS FRASES, PROVERBIOS, REFRANES, IDIOTISMOS Y EL USO FAMILIAR DE LAS VOCES. — Y LA PRONUNCIACIÓN FIGURADA

Tenemos la satisfacción de poder anunciar la terminación de esta notable obra, recomendada por la prensa de España y reconocida como el Diccionario MÁS COMPLETO DE LOS PUBLICADOS HASTA HOY por el ministro de Instrucción Pública de Francia, como puede verse por la

COPIA DE LA CARTA OFICIAL

DIRIGIDA Á NUESTRO REPRESENTANTE EN PARIS POR EL MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES DE FRANCIA

Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Français-Espagnol et Espagnol-Français de M. Fernández Cuesta que viennent d'éditer á Barcelonne MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'a ce jour, *et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grandes services. — Agreéz, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués.*

Le Ministre de l'Instruction publique et de Beaux Arts, Lockroy.

Cuatro tomos encuadernados, DOSCIENTOS VEINTE REALES, pagados en varios plazos.

1492

POR CASTILLA

E ... LEON

... O MUNDO

HALLO COLON

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 26 DE SEPTIEMBRE DE 1892 — NÚM. 561













LA CURIOSIDAD ES CAUSA DE MUCHAS DESGRACIAS



¿Qué será eso que tan bien huele?



¡Santa Bárbara bendita!



¡Y la paliza que me espera por el estropicio!



FÁBRICA la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados MOSAICOS HIDRÁULICOS ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo menos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que de ellos se hace, no ya sólo en la Península y Ultramar, sino hasta en el Extranjero.

Otras de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosaicos, es la de habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

ESPECIALIDADES DE LA CASA

Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

MEJORES TIEMPOS VENDRÁN.

«PUEDO esperar un porvenir más brillante»

La sentencia arriba citada forma parte de una carta que D. Angel M. de Panillos ha escrito á los sucesores de Moreno Miguel, farmacéuticos en Madrid.

Que haya un hombre que pueda anticipar mayor felicidad para el futuro que la que ha gozado en el pasado es un hecho por el que pueden felicitarle sinceramente sus amigos. Porque, ¿qué es la vida si no es por el placer y alegría que nos trae? Ser descargado de un peso, estar libre de ansiedades, ser aliviado de algún dolor, son cosas semejantes á la desaparición de las nubes del cielo después de los días de tormenta y horror.

La carta entera es como sigue: «Hace algún tiempo—dice el que la suscribe—que estando en uno de sus establecimientos consulté á V. acerca de las medicinas que podrían curar más pronto y eficazmente una enfermedad pertinaz del estómago de la que había venido padeciendo por largo tiempo, habiendo probado sin éxito alguno infinidad de medicinas de todas clases.

»Sabrá V. que por su firme recomendación decidí hacer uso del *Jarabe Curativo de la Madre Seigel*, y ahora me apresuro á dar á V. las más sinceras gracias por su consejo, puesto que es á este Jarabe que debo la más completa cura de tan terrible enfermedad, para la que habían sido inútiles todos los demás remedios.

»Gracias al *Jarabe de la Madre Seigel*, puedo dedicarme ahora á mi trabajo, y *gozo de la vida nuevamente en plena juventud. Puedo esperar un porvenir más brillante*, libre del continuo sufrimiento á que parecía destinado.

»No sé si podrá V. comunicar la expresión de mi gratitud á los propietarios del Jarabe al que debo mi restablecimiento. Pero, si le fuera posible comunicárselo, le estaré á V. aún más agradecido.

»Suyo, etc. (firmado),

Angel M. de Panillos.»

El farmacéutico citado, que es uno de los más respetables de España, no perdió tiempo en participar á los propietarios del *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* el deseo y sentimientos de su corresponsal, enviándoles copia de la carta que dejamos transcrita. Se alegraron, aunque no se sorprendieron, del resultado producido por el uso de su medicina en el caso mencionado.

La enfermedad era indigestión y dispepsia, lo que no es peculiar á ninguna nación ó país, pero que es origen de pesar y sufrimientos incalculables por toda la extensión del mundo civilizado. Verdaderamente casi se puede decir que es la enfermedad *única*, tanto más cuanto que otras afecciones, tales como reuma, afección al hígado y riñones, bronquitis, tisis, postración nerviosa, insomnio crónico y jaquecas, están ahora reconocidas por las autoridades médicas más eminentes nada más que como el resultado, y por lo tanto los síntomas del entorpecimiento y embarazo de las funciones del estómago, que es la fuente de toda fortaleza en la vida física. *Destruir la causa es siempre equivalente á librarse del efecto.*

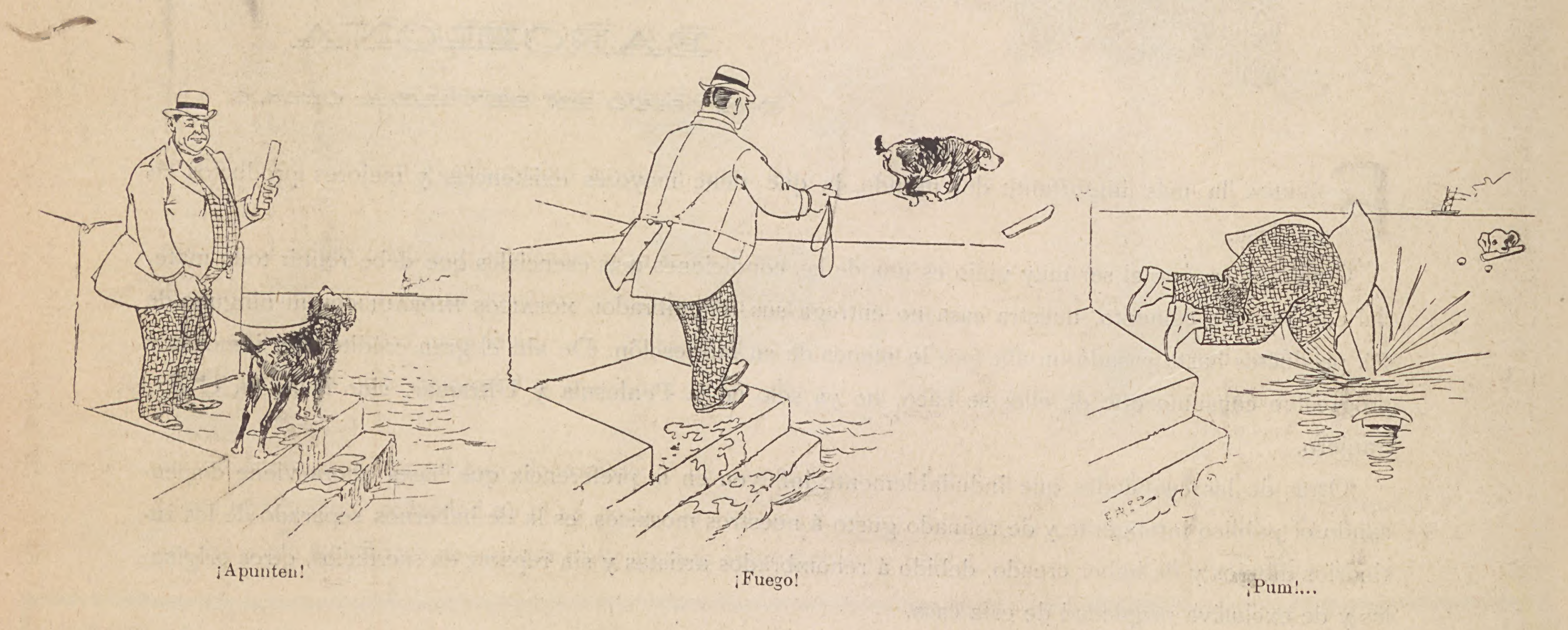
Este remedio, cuyo uso es cada día mayor en España, cura la indigestión y dispepsia y anula su continuación como ninguna otra preparación ha podido hacer. Se destina á este objeto y solamente á él.

Podemos añadir que farmacéuticos de tanta reputación como el mencionado en la carta nunca hubieran recomendado una medicina de cuyos méritos no se hubieran cerciorado antes; y tanto su agradecido corresponsal como el público en general que lea su franca y persuasiva carta y se aproveche de ella, no podrán menos de agradecerle el haberles llamado su atención hacia el Jarabe.

Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; Frasquito, 8 reales.

EJERCICIOS ACUÁTICOS



¡Apunten! ¡Fuego! ¡Pum!...

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN